

BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO



ORIENTAL

(Estudio del pintor Morelli)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LA FIESTA DEL DOCTOR POLAR

PARA los que desviamos la vista de las pequeñas torpezas y de los vicios fisiológicos de nuestro cuerpo nacional, para los que vemos con ojos de fé la patria ubérrima y feliz del porvenir, para nosotros ha sido la fiesta en honor de Jorge Polar.

Ha marcado ella un personalismo extraño á la recompensa: acostumbrados á mirar aquí y en todas partes dorsos convexos y genuflexiones de lacayo ante los dorados señuelos del poder, agrada que hombres libres tributen alabanzas y rindan homenajes á quien nada puede darles.

Agena ha sido esa fiesta al estiramiento diplomático y á la cortesanía fingida porque generada espontáneamente imprimió á todo su carácter de simpatía y de alta franqueza.

Al iniciarla el señor Martínez de Pinillos, el viejo magistrado, declaró lleno de emoción que su presencia de juez «encanecido en el servicio de la patria» significaba que iba á cumplir justicia, que pesaba los merecimientos del doctor Polar y que «sin atizar el fuego en donde se ha de arrojar el incienso adulador al político» discernía el premio al ciudadano que se había esforzado noblemente para llenar su deber.

El doctor Whilar hizo luego la enumeración de los actos administrativos del doctor Polar. La palabra del hábil pedagogo fué como un sereno espejo de la vida pública del que consagró sus desvelos á iniciar una robusta instrucción: «Tengo por firmísimas bases, dijo, la actual ley de Primera Enseñanza, la Escuela Normal de Varones de Lima, el Boletín de Instrucción Pública, la amplia información sobre la Enseñanza Secundaria, el Instituto Histórico, el Museo Nacional y la Revista Histórica». Y al terminar comparó la vitalidad de esa labor con la fecunda de las semillas encontradas en las tumbas faraónicas: ambas, ignoradas y fuertes, dan al fin sus frutos y perfumes.

Ocupó la tribuna, después de un intervalo musical, el señor Carlos G. Amézaga y pronunció, á nombre del Ateneo de Lima, el siguiente discurso de atrevida originalidad:

Tiene la América española entre tantos pecados, quizá el mayor de todos, en su desdén á las altas especulaciones del pensamiento.

Ha sido y es todavía de mal tono para los americanos del Sur, *remontarse mucho*, afanarse por el conocimiento de la verdad, hablar en serio sobre cosas que no interesan á los políticos de oficio y á las mujeres.

Las multitudes extrañas á la política y al comercio, prefieren en todo caso la imaginación al estudio; no se apasionan por los grandes problemas de la vida, y hasta en las universidades triunfa la verbosidad de la lengua sobre los ricos productos de la experiencia y el corazón.

La América española no avanza moralmente como debía, por su mezquino rendimiento de educadores y pensadores. Se argüirá que esto no es causa sino efecto de la poca generalizada cultura, pero no es así, porque dentro de la proporcionalidad ilustrada de cada país americano, abundan los hombres con suficiente preparación escolástica para dar mucho mejores frutos de los que dan. Consiste en un defecto de raza ó en una enfermedad degenerativa la poca elevación de su pensamiento, la tendencia á menospreciar lo que no sea de provecho inmediato ó no tenga el brillo de las chucherías y piedras falsas.

Somos los *rastacueros*, así de la Ciencia como del Arte. Exageramos el valor de los descubrimientos ajenos y nos vestimos de colorines para llamar la atención. Los pocos pensadores de América son impopulares y hasta molestos. No reparten golosinas, no adulan los bajos instintos de la plebe,—luego, están de más entre una muchedumbre que desea antes que instruirse, solazarse con la mosquetaría de la revolución y celebrar sus heroismos con la guitarra.

El alma sajona es seria. Los hombres del Norte han conquistado el Mundo con el pensamiento, no con el brazo.

Mientras nosotros bailamos y reimos de los que piensan, ellos disfrutan los bienes de los que bailan.

Domina el cerebro en todos sus actos, y título es el primero de nobleza, entre los sajones, la capacidad de pensar, no distinguiendo á los hombres en *teóricos* y *prácticos*, como se hace aquí, maliciosamente, para rebajar al que ama los libros á un nivel inferior del que hace fortuna por cualquier medio.

En el balance nacional de toda riqueza entran en igual proporción la práctica y la teoría. De existir ventaja, sería ésta para la teoría, que es la inducción, el



Dr. JORGE POLAR

Foto. Moral

oro generador de cuanto bueno y malo se hace en la tierra.

¿No se repite hasta la saciedad que la hegemonía de Alemania, se ha debido antes que á Bismarck y Moltke, a sus maestros de escuela? ¿Y quiénes formaron estos maestros? Los grandes pensadores, los sabios, los filósofos, los poetas, los acumuladores de fuerza psíquica, los que en cualquier parte del Mundo se distinguen por el mismo interés altruista y hacen obras de verdaderos dioses, modelando los pueblos con la instrucción, á su imagen y semejanza.

Es en pocos pueblos de América que se comienza á reaccionar contra la pereza intelectual y á darse cuenta de que el fomento de la razón es por lo menos tan útil como el cultivo de las patatas. Y digo que se comienza, porque todavía la noble profesión de maestro, de sembrador de ideas, aparejada está á la miseria y hasta al ridículo.

Educadores y pensadores faltan en número suficiente para imponerse, no al vulgo haraposo y triste, sino á esa multitud bien vestida y mejor peinada, que presume de haber estudiado lo bastante para reirse de todo; que detesta la originalidad, que se burla de cualquier esfuerzo elevado, y que gruñe como el cerdo, hociqueando inútilmente por encontrar gusanillos en el campo del ideal.

Muy lejos podían llevarme estas reflexiones, y no es el momento de combatir la tuberculosis moral que hace estragos en los que tosen majaderías contra las severas formas del Arte.

En esta manifestación al Dr. D. Jorge Polar, ex-Ministro de Justicia, hay que reconocer una actitud noble extraña al encorvamiento de las rodillas, porque es precisamente, á levantar la cabeza de nuestro pueblo á lo que ha tendido siempre el Rector de la Universidad de Arequipa, en todo los ramos de la instrucción.

Porque es un educador y es un pensador, ha estado en aptitud de prestar al Gobierno verdadero concurso en la nueva red escolástica que aprisiona los dilatados campos de la República.

Porque contrasta con la sorda general hostilidad á las especulaciones del pensamiento de que se hablaba al principio, es que la obra del Dr. Polar como la de todos los hombres de su temperamento merece nota especial.

El *Ateneo* de Lima cuya mustia existencia había llegado hasta el desbande, hace pocos años, debe también al gobierno de que formara parte el doctor Polar, una eficaz protección.

Es desde entonces que se reorganiza, modifica sus estatutos y se prepara á actuar cual corresponde á un centro de real y no fingida cultura.

La protección brindada al *Ateneo*, no es de esas que humillan sino que elevan. Ninguna granjería particular se ofrece á sus socios, y estamos por lo mismo en libertad de aplaudir un acto del gobierno que se inspira en alto interés patriótico.

No siempre es virtuoso publicar lo malo, pero siempre hay perversidad en callar lo bueno.

Cumplo con el encargo de la Junta Directiva del Ateneo de Lima al asociarme á esta fiesta dedicada al doctor don Jorge Polar, y siento no hacerlo en más elocuente forma; pero, los distinguidos oradores que van á seguirme en el uso de la palabra, con su capacidad profesional sabrán poner de relieve el vasto programa que ha llevado á término el ex-Ministro de Justicia,—ese educador y pensador que no podía desde la altura, dejar de poner en práctica lo que fué preparación de toda su noble vida.

El señor Poiry hizo también justiciera apreciación de la obra emprendida. Fustigó la vieja escuela de maestros dominantes con su mano castigadora, buena para las inactivas sociedades de ayer, pero nó «para los agregados, inquietos y migradores del presente; para la comunidad fraterna de los días que corren; para el individuo consciente de sus fuerzas bajo la guía del maestro y lejos de la férula del dómine. Para la vida de la acción en suma hay que educar la acción y hacerla servir por la idea. Saber fué el lema del pasado: obrar es la divisa del presente».

Luego entre grandes aplausos ocupó la tribuna el doctor Polar.

Sinceramente conmovido agradeció la manifestación; planteó con energía el problema educativo: «gobernar es educar; los problemas sociales ó se resuelven en la escuela ó no se resuelve jamás». Habló magistralmente de la herencia, de las intensas facultades receptoras de la niñez. En el alto sitial era, defendiendo «los derechos del niño», un trabajador del porvenir, un trabajador convencido y simpático.

El niño es en nuestras manos el delicado plasma de mejores sociedades y si nosotros esperamos justicia de de ellas «hagamos nuestra jornada preparando nuevas generaciones sanas, fuertes, justicieras sobre todo, mostrando así que no somos tan débiles como se nos creyera, puesto que la adversidad nos ha retemplado y resurgimos».

Por eso hemos dicho al principio que esa fiesta fué sólo para los que no nos tenemos por visionarios al creer que esperan á la patria días hermosos.

La gran concurrencia que asistió á la actuación llevó á sus hogares el desacostumbrado sentimiento de una fiesta solamente fraternal, exclusivamente patriótica.

P. P. T.

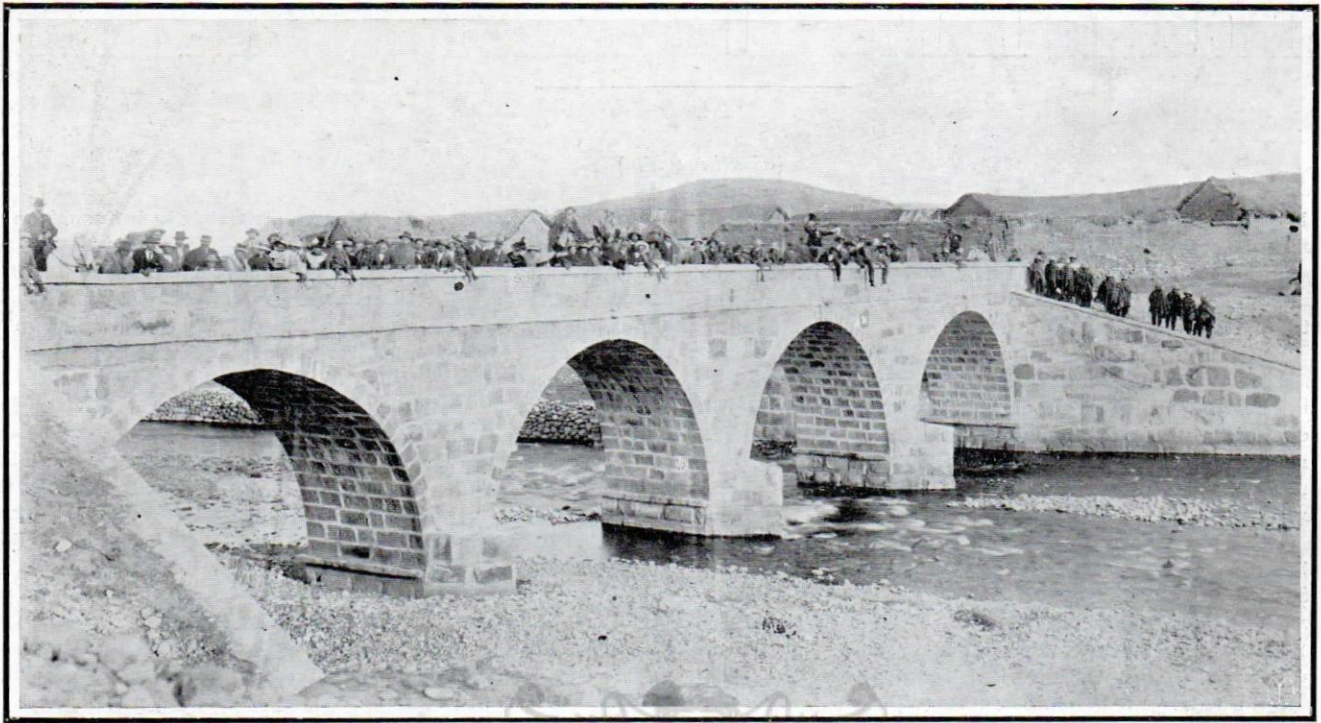




LAMPA.—MONUMENTO ERIGIDO A LOS HEROES NATURALES DE ESA PROVINCIA, CON EROGACIONES POPULARES DE LOS VECINOS
Iniciado por el Subprefecto Coronel D. Manuel Eleuterio Ponce é inaugurado por su sucesor D. Victor M. Belón



UNIVERSIDAD DEL PERÚ. DECANA DE AMÉRICA
PUNO.—INAUGURACION DEL "MONUMENTO PINO", ERIGIDO EN HONOR DE LOS HEROES NATURALES DE ESTE DEPARTAMENTO
Por iniciativa del Prefecto Coronel D. Manuel Eleuterio Ponce y con erogaciones de los vecinos



PUENTE "ALFONSO UGARTE"

En el distrito de Nuñoa, de la Provincia de Ayaviri, del Departamento de Puno, existe uno de cal y canto, de cuatro ojos é imponente aspecto, que lleva por nombre el que encabeza estas líneas. Esta obra de reconocida importancia y utilidad fué llevada á cabo á iniciativa de D. Manuel Eleuterio Ponce, cuando estuvo de Subprefecto de aquella circunscripción.



APURIMAC.—PUENTE DE PACHACHACA. CONSTRUIDO POR LOS JESUITAS
Vecinos de Abancay, despidiendo al Ilmo. Obispo de Ayacucho Monseñor Dr. D. Felipe Olivás Escudero

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(Continuación)

La cultura francesa es irremplazable. Francia es la Grecia moderna; y París la nueva Atenas, el foco más principal y luminoso de la Civilización y del Arte. El espíritu francés se caracteriza por cualidades inapreciables, que ningún otro pueblo posee en tan eminente grado: el entusiasmo por los ideales; el desinterés generoso; la amplitud en sus concepciones y en sus obras, que las hace humanas, cosmopolitas, casi sin fermento de egoísmo nacional; la claridad; el método; la maravillosa lucidez; la elegancia y la gracia, el talento de exposición y de estilo. ¿Qué haría el mundo si todo esto desapareciera ó decayera simplemente? ¿Qué raza puede vanagloriarse de recoger y continuar la gloriosísima tradición de la francesa? Si la decadencia de Francia, de que tanto se ha hablado, resultara cierta y comprobada; si la hoy visible y palpable disminución de su hegemonía, fuera, nó un eclipse, sino un ocaso, descendería con ella el nivel humano y palidecería la Civilización. El Perú, para no abandonar, siuo, al contrario, fomentar y aprovechar la influencia francesa (á más del agradecimiento que le debemos, porque lo poco que hemos aprendido en todas las disciplinas ha sido Francia quien nos lo ha enseñado); el Perú, decía, tiene dos razones: primera, el carácter francés se parece al peruano, las necesidades son semejantes y las reformas que provocan en Francia son por lo general utilizables y fáciles de implantar en el Perú; y segunda, Francia encarna en muchos de sus mejores aspectos el genuino espíritu clásico, la gerencia del helenismo y del latinismo, de la antigua civilización mediterránea, y, puesto que somos latinos de educación y sangre, la imitación de Francia nos conviene, porque es la de un clasicismo actual y contemporáneo, que posee las ventajas de los dechados modernos y vivos, y porque el clasicismo es indispensable para hombres de nuestra raza.

Pero Francia, sean cuales fueren sus méritos y glorias, no agota el pensar y el sentir de la época. No ha de tomársela por único guía. Fuera de Francia hay mucho bueno y admirable. Aun cuando consigamos, mediante repetidos y enérgicos esfuerzos, que los hispano-americanos imiten á los grandes pensadores y artistas franceses, á los legítimos representantes del genio francés, y nó á los histriones de última fila, siempre será menester que consigamos algo más: que á influencia de Francia se agreguen otras influencias, que nuestra cultura sea una intersección de imitaciones. Hace ya dieciocho siglos que Quintiliano decía en sus *Instituciones oratorias*, hablando de la imitación en la literatura, que *es perniciosísimo sujetarse á un solo modelo*. Y agrega: «*Nam praeter id quod prudentis est, quod in quaeque optimum est, si possit, suum facere: tum in tanta rei difficultate unum intuentes, vix aliqua pars sequitur. Ideoque cum totum exprimere quod elegeris, paene sit homini in concessum, plurium bona ponamus ante oculos, ut aliud ex alio haereat, et quod cuique loco conveniat aptemus*». Para renovar la pesada atmósfera de esta inerte vida intelectual que aquí arrastramos, para contemplar el espectáculo de la Civilización y aprovechar de sus ejemplos y enseñanzas, tenemos que abrir ventanas hacia todos los puntos del horizonte. De antiguo poseemos una que da á París; regia ventana, situada admirablemente, que no hemos acertado sino á entreabrir, y por la cual pueden entrar raudales de luz y salubérrimas auras, y pueden presenciarse los más instructivos sucesos y los más pavorosas amenazas, los refinamientos más exquisitos, los desórdenes más repugnantes, las iluminaciones más esplendentes y las pompas más triunfales. Debemos conservarla, debemos sacar de ella mejor partido del que hasta ahora hemos sacado; pero, por grande y útil que sea, debemos abrir otras, porque necesitamos, nó una, sino varias. Si con una sola nos contentáramos, la ventilación sería insuficiente, y la visión parcial é inexacta.

Los mismos argumentos que abogan en pró de la influencia francesa contenida y limitada por la inglesa, la alemana y la

norte-americana, son aducibles en contra de la influencia francesa exclusiva. Como el carácter peruano se parece al francés, al imitar únicamente á Francia tendemos á agravar y ahondar nuestros defectos. La ligereza, la frivolidad burlona, el atolondramiento, la irreflexión, la vanidad y la petulancia son vicios muy franceses; y en sobrada cantidad los tenemos en casa, para que nos propongamos por sistema ir á aprenderlos afuera. Hombres como Guizot y Taine constituyen en la literatura de Francia excepciones, productos aislados, solitarios, en abierta lucha, en contradicción perpetua con las aficiones y costumbres de sus compatriotas. Además, al enamorarnos de la refinadísima y quintaesenciada cultura francesa, nosotros, inexpertos, ingenuos, casi primitivos, caemos en un riesgo que es también una soberana ridiculez: parecer gastados, cuando somos intonso; aparentar hastío de lo que apenas hemos columbrado con viva curiosidad y ardientes ansias; ofrecer un tipo literario en el cual los más contrarios defectos se yuxtapongan y agrupen en monstruoso conjunto: un tipo de niños viejos, de bárbaros bizantinizados.

En la política práctica, Francia es para el Perú un modelo pésimo. Sus vicios políticos son exactamente los mismos de que adolecemos, pero llevados al *máximo*, y cubiertos por el engañoso lustre que prestan la lejanía, el adelanto social y la brillantez seductora de la nación francesa: costumbre de esperar lo todo del Estado, plétora en las profesiones liberales, burocracia, empleomanía, centralización asfixiante, desprecio de la tradición, repudio del derecho histórico, inestabilidad en el gobierno. ¿Qué hemos de aprender en la política y en la administración de Francia, sino á acabar de arruinarnos y perdernos? En el terreno especulativo es cosa distinta. En política teórica, en pedagogía, en filosofía, en ciencias naturales y morales, tenemos que aprender infinito de Francia; pero repito que esta imitación francesa debe unirse á otras imitaciones, si no queremos esclavizarnos y esterilizarnos. Y para que esas imitaciones sean copias de segunda mano ni trampantojos, conviene que los que en el Perú se dediquen á las ciencias filosóficas y sociales y á la literatura, aprendan, á más del francés, varios idiomas vivos. Convenzámonos de que no solamente sirven el alemán y el inglés para los negocios mercantiles, ni el italiano para entender los libretos de ópera.

Alemania nos ofrece su honda é intensiva cultura; sus dotes de seriedad, de atención y de vida interior, incomparable antecedente para nuestra perezosa superficialidad, su literatura riquísima, cuyo melancólico idealismo servirá de equilibrio eficaz á nuestra propensión á la burla y á la broma, y su portentoso espíritu de investigación personal, el extraordinario florecimiento de monografías, del cual no podemos formarnos ni remota idea, que con frecuencia, es cierto, degenera en manía erudita, pero cuyo atesto estudio es el más adecuado para nosotros, desde que lo que sobre todo nos falta es aplicación concienzuda en las obras intelectuales, solidez en la razón y perseverancia en el carácter.

Todavía es más conveniente que la imitación de Alemania la de Inglaterra. La literatura inglesa tiene también esa subjetividad profunda, esa belleza de crepúsculo, dulce á veces y á veces sangrienta y terrible, de la literatura alemana, pero combinada con un admirable sentido de la realidad, con un exactísimo conocimiento del mundo y de las pasiones humanas, con una inmovible base de práctica y de positivismo. La literatura de Inglaterra concilia de manera muy feliz el ideal latino, objetivo y plástico, con el ideal germánico, subjetivo, nebuloso y difuente, y logra reunir las cualidades y las ventajas de ambos. La cultura inglesa ocupa un término medio entre la cultura clásica de los meridionales y la cultura germánica. Es una escuela excelente para los latinos. Al paso que no nos rechaza y desconcierta, porque en algo se nos parece, nos instruye y nos

completa, por lo que nos revela de desconocido. De la literatura, de la crítica, de la filosofía y de la ciencia inglesa, y en general de toda la civilización inglesa, podemos aprender lo que siempre hemos ignorado y lo que principalmente necesitamos: energía, gravedad respeto á la tradición, culto por las observaciones, por los hechos, por la verdad científica; en una palabra, *espíritu práctico*.

La Italia contemporánea nos suministra una prueba decisiva de los benéficos resultados que da en los pueblos latinos el ingerto de la influencia anglo-teutona. Italia cuenta hoy con una lucida pléyade de filósofos y psicólogos que en su mayor parte se derivan de la filosofía y de la psicología de Alemania; pero no ha perdido por eso la originalidad, y cuenta al propio tiempo con dos gloriosas manifestaciones de su genio nacional: su jurisprudencia, la peculiar dirección antropológica y positiva de sus penalistas; y su no menos peculiar literatura, que se ufana con los nombres de Curducci, Amicis y Fogazzaro, y que dentro de la corriente modernista ha producido al ilustre Gabriel D'Annunzio, con cuyas tendencias artísticas no simpatizo, pero al cual sería clamorosa injusticia negar el mérito de haber sabido formarse un estilo aristocrático y complicado, multicolor y blando, jaspeado, ondulante y musical, de suave morbidez, de hermosura indiscutible, aunque no sea viril ni sana, superior con mucho al de Pierre Louys, al de Henri de Régnier, ó al de Rodenbach, que son los más apreciables de los decadentes franceses. La literatura italiana es para los españoles é hispano-americanos modelo muy preferible á la literatura francesa, porque la índole de la lengua italiana, su prosodia, el giro y corte tradicional de su poesía y de su prosa la hacen afín en extremo de la castellana, y facilitan las adaptaciones y transplantaciones felices. No olvidemos que la imitación de Italia tiene en la lírica de Castilla remotísimo abo'tengo, desde los tiempos de Micer Francisco Imperial, Juan de Mena y el marqués de Santillana, hasta los de D. Leandro de Moratín; que sus efectos siempre han sido muy dichosos; y que el siglo de oro de la literatura castellana representa la fusión de la inspiración castiza y de la influencia italiana. Este comercio intelectual, este trato íntimo entre las razas de las dos penínsulas, se ha entibado algo en el siglo XIX, y es menester que se procure reanimarlo en el presente. Importa como nunca favorecerlo y avivarlo ahora que Italia ha sacudido definitivamente su sopor, se ha levantado de su postración, y da tan gallarda muestra de sí en todas las esferas del pensamiento.

Los Estados Unidos no poseen literatura original. Para impedir que aparezca una literatura genuinamente anglo-americana, existen, si nó todas, muchas de las causas que impiden el nacimiento de una literatura exclusivamente hispano-americana. Se dirá: tienen, sin embargo, unidad de raza, población, prosperidad, dinero de sobra, audacia juvenil y hasta su ideal propio: el *americanismo, la vida intensa*. Cierto; pero además de los lazos de la lengua, que los atan á su antigua metrópoli; además del fascinador prestigio que sobre sus escritores ejerce la civilización inglesa, venerable á la par que lozana (prestigio que en lo literario los mantiene más unidos á Inglaterra de lo que nosotros lo estamos á España); los norte-americanos, en medio de del tráfico industrial, de la febril actividad en que han vivido, no han dispuesto del tiempo y del reposo que requiere la creación de una literatura. Al cabo la tendrán, aunque, según todas las probabilidades, no se divorciará por completo de la británica. Pero hasta este momento histórico, sus poetas y prosistas (notabilísimos algunos, como Poe, Longfellow, Bryant, Irving, Emerson y Prescott) son enteramente europeos de educación y tendencias; son ingleses nacidos por casualidad al otro lado del Atlántico, y un poco aislados y desorientados en el medio *yankee*; entran en el marco de la literatura inglesa, con igual, quizá con mayor facilidad que los hispano-americanos en el de la española. La literatura de los Estados Unidos no puede, pues, señalarse á nuestra imitación como un dechado, porque en rigor esa literatura no existe. Los Estados Unidos no enseñan elegancias literarias, sino algo que vale más. No ya sólo los hombres prácticos, los hombres de negocios, el comercio y la industria, sino también las universidades, el movimiento intelectual, la alta cultura, las revistas, los libros, los psicólogos, los sociólogos, los moralistas, los pedagogos de la nación

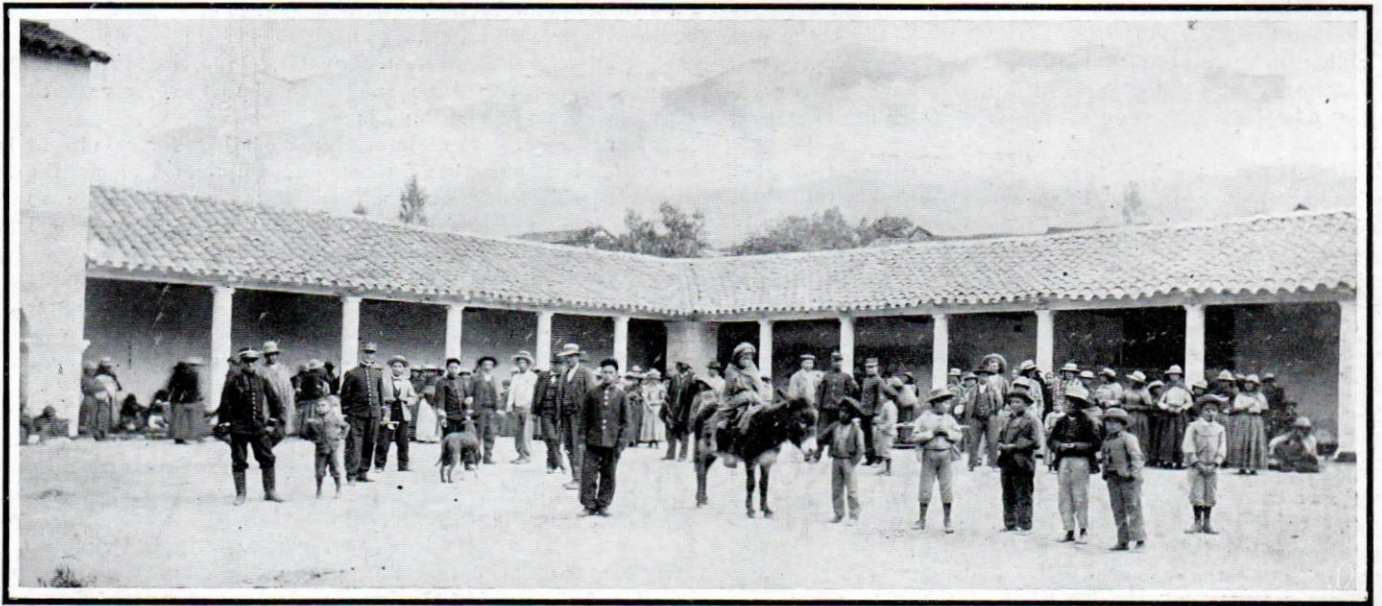
portentosa nos enseñan aquella incontrastable voluntad, aquella vitalidad exuberante, aquella confianza en el futuro, aquella exaltación grandiosa de todas las energías humanas, que es el distintivo del pueblo norte-americano, y que, por encima de la cansada Europa, se alza cada día más impetuosa y resonante, como un himno de victoria y juventud.

En resumen, para mejorar el poco halagador estado de la mentalidad peruana, es forzoso que amplíemos el círculo de nuestras imitaciones; que multipliquemos el número de nuestros modelos; que atendamos á la actual producción científica, literaria y filosófica de los diversos centros intelectuales del mundo, y no solamente á la de Francia, porque no solamente en Francia se piensa y se escribe. Es forzoso que nos dediquemos ya con seriedad á estudiar la civilización moderna, más varia y compleja de lo que por lo común se cree, y que no nos contentemos con el débil barniz de *dilettantismo* con que hemos acostumbrado cubrir nuestra vanidosas ignorancia. Ningún sistema, ninguna idea es del todo estéril: contiene una porción de verdad, descubre un nuevo aspecto antes ignorado, plantea un nuevo problema, ó, cuando menos, incita á la indagación y al estudio. Nosotros, menesterosos de direcciones y de estímulos, debemos acoger todas las doctrinas, vengan de donde vinieren, y abrir de par en par las puertas á la cultura contemporánea.

Pero bajo esta inundación fertilizadora de lo moderno, hay que conservar y ahondar el cauce de la tradición. La ley de las fuerzas conscientes, como de las inconscientes, es el equilibrio entre el impulso y la resistencia. Allí donde lo Pasado predomina, la vida se inmoviliza y se estanca; pero donde se desconocen sus derechos, donde se le olvida ó menosprecia, la vida se precipita en inútil y desordenada rapidez, en improvisaciones débiles, oscilantes y fugaces. No conceder al elemento tradicional, en literatura como en política, la legítima parte que le corresponde, y echarse irreflexiva é indeliberadamente en brazos de las incansantes mudanzas de la moda, es un gravísimo peligro, á que nuestro carácter se inclina en extremo. En el campo literario se le puede combatir por varios medios. Me parece que tres son los más poderosos y eficaces: *conservar el legado de la tradición española, estudiar á los autores clásicos de las literaturas extranjeras y estudiar á los clásicos latinos*. Explicaré concisamente qué alcance entiendo que tienen estos procedimientos.

I.—*Conservar el legado de la tradición española*. Es claro que aquí no me refiero sino á la tradición literaria. Pero como la literatura no es sino una expresión, una manifestación particular de la vida de un pueblo, el problema literario en que me ocupo forma parte integrante é inseparable del siguiente problema sociológico: *¿cuáles deben ser los vínculos que liguén á España con la América que fué suya?*

A nadie que tenga un adarme de sentido común se le ocurrirá que tales vínculos hayan de ser políticos. Cuando en discursos académicos ó en brindis entusiastas se ha hablado alguna vez de confederación hispano-americana, todos los hombres sensatos han comprendido que aquellas declamaciones no pasaban de la esfera de recursos para exornación oratoria. La confederación ibero-americana se pudo realizar, con grande y mutuo provecho de España y de sus colonias, allá á principios del siglo XIX, ó á fines del siglo XVIII como quería el conde de Aranda; pero después de la guerra de la Independencia y de cien años de apartamiento, con España vencida y abatida, en decadencia total, con el reciente ejemplo de Cuba y el incontrastable poderío de los Estados Unidos, pensar hoy en confederación hispano-americana raya en lo pueril, y á ningún estadista se le ocurrirá de seguro tomar en serio aquella idea. Las cosas han cambiado tanto en un siglo, que si se forma la confederación americana, la dirección y la hegemonía estarán en manos, nó de España, sino de los Estados Unidos. La raza ibérica tiene que resignarse á vivir fragmentada en diversos estados soberanos, sin que la unidad política exprese su unidad mental y psíquica (que también, como hemos visto, va en camino de perderse). Desde que la Independencia rompió definitivamente esos vínculos políticos, y no hay esperanza de que se reanuden en ninguna forma, la unión entre España y los países americanos de origen español no puede ser sino una confraternidad intelectual.



PLAZA DEL MERCADO DE ÁBANCAY, CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE APURIMAC

AMOR!

Fué en un momento que por casualidad quedaron solos en el salón azul.

Inés y Ricardo se dijeron algo con los ojos. Inés inclinó la cabeza, de rubios cabellos, sobre un pecho palpitante; un sollozo de placer espiró en su garganta y sus manos buscaron el sitio del corazón. Ricardo embelesado con el lánguido desmayo, le rodeó la cintura con el brazo y lentamente avanzaron al balcón. Ella suspiró y sus pupilas se elevaron como dos estrellas.

—¿Sufres?

—No, gozo.

Inés y Ricardo vieron el mundo de color de rosa.

Los dardos invisibles, diestramente disparados, produjeron su efecto. Los dos amantes se juntaron y sus pechos latieron en una sola armonía.

Cupido había entrado. Nadie sabe cómo. Tal vez montado en un rayo de la pálida luna; quien sabe si envuelto en los dorados resplandores del sol poniente, una tarde melancólica y tibia como el deseo prisionero. ¡Quien sabe!

Las cortinas de colores, las rosas en ánforas antiguas, los espejos, los cuadros, el altar de los sacrificios regado con nardo y sinamomo esperaban.....

Inés y Ricardo entraron al santuario. Un beso prolongado como la ráfaga de brisa que recoge el perfume de las flores, se extinguió en la noche.

El niño de alas de iris y sonrisas angélicas, el ciego de los dardos invisibles, realizó la visión del poeta: apagando con sus alas la luz de la lámpara.....

Hay tinieblas que tienen claridades de aurora.

¡Amor! ¡Amor!

El niño de los ojos vendados hizo su nido en el altar de los castos amores. Inspiró las dulces sonrisas, las conversaciones agradables, los voluptuosos ensueños. ¡Felicidad, tú existes cuando el niño ciego da á las almas un solo deseo!

Fué inútil buscarlo, fueron vanas las voces de Inés; no estaba presente y ella pensó:

—Es caprichoso como la espuma de la ola; no siempre tiene fosforescencias seductoras.....

Una noche, noche horrible, las rosas de las ánforas se marchitaron y los pétalos cayeron moribundas. Ricardo no había vuelto, é Inés sentada á la luz de la lámpara escuchó las campanadas de los relojes de las torres: una, dos, tres.... Volvió el rostro al altar de los sacrificios y no vio ya ni nardos ni sinamomos.

—Sí, pensó, es caprichoso como la espuma de la ola. ¿Dónde estará?



Inés y Ricardo, silenciosos y místicos, sentados uno frente al otro, esperaban en el comedor desmantelado.

La criada trajo una fuente y sirvió dos platos. Los esposos comieron ávidamente.

—Puede Ud. llevarse eso.

La criada cogió los platos y desapareció por la puerta de la cocina.

Inés mirando el mantel manchado y roto suspiró:

—Que traigan otra cosa, dijo Ricardo.

—No hay más.

Un ruido extraño de alas que se ajitaron repercutió en el corazón de ambos. Un estremecimiento involuntario los sacudió y por la puerta de la cocina hizo su aparición Cupido, esquelético, con los ojos muy abiertos, los miró colérico y atravesando la estancia, haciendo un gesto desdeñoso y altivo, salió dando un portazo.

Inés y Ricardo se levantaron. El profirió en maldiciones. Ella pensó en el salón azul donde por casualidad se quedó sola con Ricardo aquella vez.



† Carlos G. Amézaga

NUEVAMENTE este hogar intelectual queda enlutado con la muerte del que podríamos llamar el jefe de la familia. Carlos G. Amézaga, el viril poeta de *Cactus*, el constante triunfador en lides poéticas, el que compartía con Chocano el derecho de ser llamado en nuestra actualidad literaria *el poeta* ha fallecido en plena madurez de su talento. Joven aun para ser contado entre los viejos poetas de la generación de Salaverry y Cisneros; viejo ya para ser clasificado en la generación de Chocano fué amado y respetado por las dos series de generaciones literarias que precedieron y siguieron á nuestros desastres; es decir la de los viejos gloriosos, la de los entusiastas románticos, la de los optimistas verbosos y cálidos por un lado y por otro la de los jóvenes modernistas, la generación de escritores escépticos, de ideales cansados y de entusiasmos pasajeros. Amézaga perteneció á esa generación de transición que tuvo su exponente más alto en *El Circulo Literario* y cuyo periodo más brillante trascurrió entre la paz con Chile y el año 1895 en que comenzó á descartarse entre los ideales de nuestra psicología

política el de la revolución y la guerra civil. Si hubiéramos de fijar una fecha que sirviera de lindero cronológico entre el periodo de transición y el de las nuevas generaciones literarias fijaríamos seguramente la citada.

La generación del *Circulo Literario* á la que perteneció Amézaga fué una generación laboriosa, que tuvo fé y entusiasmo; pero que—con excepción de Amézaga, poeta de primer orden dentro de la relatividad de nuestra incipiente literatura, y de dos ó tres nombres de intelectuales distinguidos—estuvo formada de *dilettantis* mediocres en quienes la buena voluntad

y el entusiasmo, heredados como un recuerdo de mejores épocas, suplió en cuanto fué posible la falta de educación sólida y de aptitudes verdaderamente notables para el arte literario. Era natural pues que Carlos Amézaga espíritu sinceramente inclinado á la poesía, fogoso, viril y sobre todo imaginativo á la par que equilibrado, resaltara vivamente sobre el fondo un

tanto incoloro de sus colegas del *Circulo*, tanto más cuanto que Amézaga tenía condiciones mentales y poéticas para destacar con brillo propio en cualquier otro medio más culto.

La característica de Amézaga fué la virilidad. Su padre don Mariano fué un pensador en prosa, un exaltado apóstol del liberalismo; Carlos fué un pensador poeta, ardoroso y enérgico, desaliñado á veces en la forma, llegando en los detalles hasta el prosaismo; pero cuan hermosos conjuntos, cuan bellos y masculinos sus blocs de concepción, cuan agudas sus saetas de ironía, icuán rudos sus apóstrofes, cuan saturados de ideas sus periodos, y cuan noble y sano su ideal de regeneración moral por la acción!

Amézaga tenía su concepto de la poesía como fuerza y síntesis de la

energía, y no concebía que el verbo sagrado, destinado á levantar los espíritus, á idealizar la vida y revelar el fuego las almas, revistiera formas afeminadas de sumisión sentimental ó de lamento. Indomable como un árabe y altivo como un castellano vió en la poesía el arte de protestar con bellas formas de las injusticias sociales y del destino, ó un arte para exaltar la idea y la voluntad es decir lo que constituye la característica humana, ya que los animales sienten y se lamentan.

Si de alguna manera se hubiera de calificar á Amézaga, ninguna calificación mejor que la de *poeta*



✠ Sr. CARLOS G. AMEZAGA

Foto. Moral

de la fuerza, pues toda su obra de poeta no ha sido sino el cántico vibrante de la energía, la protesta contra todo lo que significaba una depresión, una injusticia, un baldón de la dignidad humana.

La labor de Amézaga ha sido fecunda. Deja un tomo de poesías, *Cactus* y un brillante estudio sobre la poesía en México, *Poetas mexicanos*. Tuvo Amézaga notables aptitudes de poeta dramático y en este género escribió el *El Juez del Crimen*, dramita acabado, de factura enérgica y de caracteres trazados con notable firmeza de mano. *Sofía Perowskaya* es otro de sus dramas, basado en la historia de la célebre nihilista rusa, cuya figura delinea el poeta con admirable intensidad. Pero acaso el más importante de sus dramas fué *El suplicio de Antequera*, representado en Lima, y contra el cual se ensañó injustamente un crítico. Repartidas en todas las revistas y periódicos de Lima y de Sud-América, deja Amézaga muy bellas y muy buenas poesías, y cremos que es deber de la importante institución de que era presidente el poeta, hacer una recopilación de todas ellas, así como de lo que Amézaga deja inédito. Nuestros lectores conocen, por haberse publicado en esta revista, dos fragmentos del último poema de Carlos Amézaga, *La leyenda del Caucho*, que con *Más allá de los cielos* y *Los niños* (poemas premiados ambos) corresponden á la época más feliz del poeta, á la época de madurez en el juicio y de un concepto filosófico definido y sereno de la vida.

La última manifestación del poderoso talento de Amézaga ha sido el discurso que pronunció pocos días antes de morir en una fiesta verificada en el salón de actuaciones del Ateneo en honor del exministro de Justicia, señor Polar, organizada por los amigos de este caballero. Ese discurso retrata perfectamente la fisonomía moral de Amézaga y expresa con la energía y entereza de espíritu que caracterizó al poeta sus indignaciones y sus desprecios por esa media ciencia afeminada y *rastacuera* que ha informado gran parte de nuestra literatura por la falta de médula. Nadie diría al leer ese discurso viril y sobrio, profundo y vibrante que su autor sentía ya los escalofríos de la muerte. Su inteligencia de poeta y de pensador se conservaba serena y lúcida para entonar ese cántico de vida, que en realidad era un canto de muerte, el canto del cisne.

Al partir á París Don Julio Hernández, otro poeta selecto y primer director de PRISMA, quedó Amézaga encargado de la dirección de esta revista, cargo que desempeñó con el acierto y empeño de que pueden dar fé nuestros lectores. Cruel ha sido la Muerte con los dos poetas que han dirigido PRISMA!

La manifestación de duelo por el fallecimiento del ilustre poeta fué imponente. Las personalidades más distinguidas de nuestra sociedad concurren al sepelio. En el Cementerio, el señor José Augusto de Izcue, en nombre del Ateneo de Lima, leyó el hermoso discurso que á continuación publicamos, sintiendo que la falta de espacio no nos permita publicar íntegro, ni reproducir el discurso del señor Cazeneuve.

El joven poeta José Gálvez recitó la sentida composición que más adelante publicamos.

Discurso del señor J. A. de Izcue:

Señores:

La misma voz, percibida por nosotros á través fiel tiempo, que resonó un día en los salones de Versalles anunciando la desaparición de una princesa, parece que hubiese resonado en las calles de Lima anunciando la desaparición de un poeta. Allí, esa

voz decía: «¡La reina de Inglaterra ha muerto!» Aquella voz exclama: «¡Ha muerto Amézaga!»

El dolor que estremeció á Versalles estremece á Lima. No hay nadie que no lo sienta; no hay nadie que, al sentirlo, no se enternezca hasta las lágrimas.

Toda la vida, la noble y agitada vida que latía en el cerebro y en el corazón de nuestro amigo, comenzó todavía temprano, en hora infausta para su familia, para las letras, para la patria, á decaer, á debilitarse, semejante á las olas de un lago que, en círculos concéntricos, tienden á la orilla. En la orilla esperábase la Muerte.

El la miraba desde lejos con la serenidad del filósofo. El la miraba sin temor á asestar á su pecho la flecha inevitable que el gran escultor universal puso en sus manos momificadas. El la miraba como á la compensación de las miserias y calumnias de la tierra, como al amer que no engaña, como á la amistad que no olvida, como á la suprema é ideal consoladora!

¿El poeta quería dormir? ¿El luchador quería descansar?

Luchó en la existencia y luchó en la guerra.

Por sí solo, sin que ninguno le levantase, sin que cualquier medio vedado le diera una posición inmerecida, con la inmaculada honradez á la que, como á la luz, llenos de malignidad y de envidia, suelen escupir los reptiles, rodeado de las privaciones y de las angustias de días sin pan y de noches sin sueño—los días y las noches de Cervantes—seguro de su inteligencia, seguro de su carácter, se abrió el camino que, al fin, se abren los hombres de valer, y descendió sobre él, á manera de dulce premio, la estimación de sus conciudadanos.

.....
Han recorrido América sus cantos líricos. De México á Buenos Aires se les repite y se les admira. Las rosas del triunfo literario, crecidas en vergeles peruanos y argentinos, perfumaron la mesa en que trabajaba el poeta. La proclamación de la República en el Brasil, conmemorada en una interesante fiesta, inspiró una de sus mejores composiciones. Permitidme evocar frente á su féretro la descripción que hiciera del Amazonas, entre los aplausos de un público que lo aclamó con el delirio del pueblo griego á los vencedores en los juegos olímpicos.

Hay un río gigante de los ríos, único, inmenso, de beldad sin par, humilde nace entre picachos fríos, soberbio muere rechazando al mar,

Ahí tenéis á Amézaga! Preciso, lacónico, fuerte. sin adornos femeniles, su frase lapidaria envuelve siempre un pensamiento de rara elevación. Las cadencias de sus versos remedan aleteos de águila. Quien las oyó una vez, no las olvida nunca.

Con el paso resuelto que le fué propio, subió á la escena dramática, para someter al público dos obras notables. Los únicos verdaderos escritores que en ese género, el más difícil, posee el país, Segura y Felipe Pardo, contaron desde entonces con un compañero. En «El Juez del Crimen» llevó el cantorio de su pluma sobre la llaga de los encubiertos vicios sociales; y en «Antequera» estigmatizó los avances de un fanatismo que, si volviera á predominar, quedaría consumido por los rayos del siglo XX, como las naves agresoras de Siracusa por el fuego de Arquímedes.

La inspiración del poeta, igual á la de Cisneros después de su «Elegía á Alfonso XII», anhelaba mayor espacio, se sentía capaz de más atrevido vuelo. Por eso, en páginas que ha dejado en buena parte inéditas, alcanzando el tono épico, trazó numerosas y extrañas líneas, bañadas en efluvios de Quintana y de Heredia, de Andrade y de Zorrilla, de San Martín. «La Leyenda del Caucho» las intituló. Circulaba por

ellas la plena y salvaje vida de nuestras selvas del Oriente, clave y secreto del mañana de nuestra raza, y que Amézaga lo proclamaba—ningún tratado de Ancón ha de arrancarnos.

Tuvo su canto del cisne. Todos le escuchamos, penosamente impresionados por la destrucción que revelaba su organismo, por lo apagado y tembloroso de su voz... Rendíamos el homenaje de la gratitud y de la simpatía á un hábil y laborioso ex-ministro de instrucción y, sobreponiéndose á su malestar físico, con pulso febril, quiso que su acento se elevase en el recinto del Ateneo, institución literaria cuya presidencia ocupaba. ¿Presentía que esas palabras iban á ser sus últimas palabras? ¿Deseaba con sus períodos vigorosos, con sus conclusiones inesperadas y altruistas, con la belleza áspera de su estilo, despedirse del público limeño que, durante muchos años le siguió por doquiera sumiso y fiel, como una amada?

Recojamos, con manos piadosas, el discurso de Amézaga en la fiesta en honor del doctor Polar y, cada vez que lo volvamos á leer, experimentaremos una sensación en cierto modo comparable á la de los que oyeron los postreros consejos de Séneca en Roma, las postreras reflexiones de Napoleón en Santa Elena, las postreras quejas de Heine en el vestíbulo del Louvre!

He aludido á Pardo y á Segura... En el desorden de mis ideas, apenas coordinadas en las horas de dolor que siguen á una noticia fatal y expresadas ante vosotros, en nombre del Ateneo, casi devorando los sollozos, acuden á mi imaginación el anciano hombre de Estado y célebre humorista, sentado en su sillón de paralítico, y el anciano militar, sostenido por una pensión insignificante, que legó al Perú el Tesoro de sus comedias inmortales. A su lado distingo, en actitud abatida, pero coronado de laureles, á un grupo de sombras. ¿Quiénes son? José Arnaldo Márquez, que llevaba en sí el espíritu de los antiguos y errantes trovadores, que comprendió íntimamente á la madre Naturaleza y que vió, sin cesar, al infortunio imprimir la huella tras de su huella, Manuel Nicolás Corpancho, cuyas románticas y delicadas canciones se confundieron con las canciones de las sirenas en un naufragio en el mar de las Antillas; Manuel Adolfo García, cincelador de las asombrosas estrofas á Bolívar y víctima del hambre y del suicidio; Carlos Augusto Salaverry, lírico distinguidísimo que vivió en la tierra como un cóndor enjaulado; Pedro Paz Soldán y Unánue, ilustrado observador, henchido de ingenio, pero en quien rebotaba la hiel de los desengaños; Luis Benjamín Cisneros, ejemplo de la mayor gloria poética; aliada á los suplicios del infierno del Dante,

Ya Amézaga, rota la tosca envoltura de la materia, se encuentra en medio de ellos. Fácilmente se reconocen. Enlázanse sus brazos. Deshojan sus coronas para tejerla una. Hablan del primero y más hondo de sus amores: de la patria; y yerguen orgullosos la frente y brillan de placer sus ojos al saber de labios del recién llegado que se apagó para siempre, la tea revolucionaria, que el sudor del trabajo empapa el fecundo y opulento suelo, que la libertad cubre la bandera bicolor, que nuevos batallones y nuevas naves estarán listas para repetir las hazañas de Junín y de Angamos, que se constituye ciudadosamente la escuela, que los sabios, los literatos y los artistas son buscados y protegidos, que comienza á levantarse el monumento de la Historia, que ha brotado en el pecho de todas los peruanos la próxima esperanza de un porvenir de habilitación, de poderío, de grandeza

.....

Ah! No verá Amézaga lucir tan hermoso día

Presenció la caída; sólo le ha sido dado presenciar el principio del resurgimiento. ¡Hubiera sido su canto!

¡Duerme, leal amigo, reclinado en el corazón de los que tanto te amaron!

¡Duerme, hombre bueno; en brazos de la paz de la conciencia; en brazos de la fé; en una misteriosa evolución espiritual sin la cual la vida sería la demencia y la desesperación!

¡Duerme; poeta egregio; bajo la caricia de la gloria, ese sol de los muertos!

Á CARLOS G. AMÉZAGA

Viajero del ideal has emprendido la peregrinación de lo ignorado, viviste del misterio enamorado y ese mismo misterio te ha vencido! Has muerto cuando tu alma se cubría de perfumes, de frutos y de flores ¡Oh noble soñador en quien vivía el alma de los viejos luchadores!

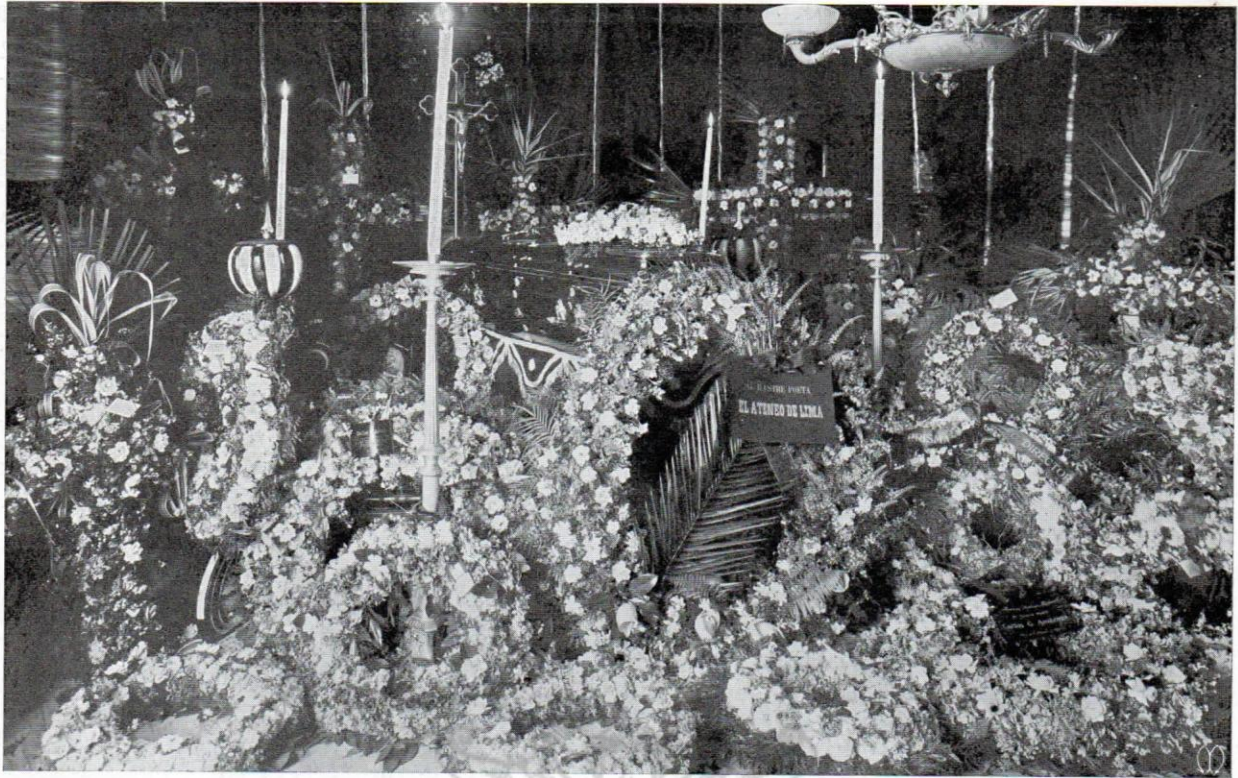
Meditaste muy hondo. Lo pensado era en ti natural eflorescencia, ahondaste el dolor de la existencia y fuiste pensativo y desgraciado. Tropezaste en la senda de la vida con la eterna ironía de las cosas; y cada estrofa tuya fué una herida, más cada herida te cubrió de rosas!

Cantaste tu sentir sin vano alarde, por eso de tus cantos siempre emana la alegre claridad de la mañana ó la melancolía de la tarde. Nos dejas sin la flor del pensamiento, tu musa en vano desolada mira el porvenir con hondo abatimiento ¡ha muerto su alma al silenciar tu lira!

Comprendiste la vida. Lucha vana de seguir un ideal; en que hasta el lodo va á juntarse á la flor en el Gran Todo en una lamentable caravana; y en que el hombre doliente perseguido levanta el corazón á las estrellas, sin mirar la crueldad con que el olvido va borrando el recuerdo de sus huellas!

Pero en tí no será! La hora suprema no se hizo para tí. Tu poesía vive en todos como una melodía. ¡Sólo tu corazón era un poema formado de divinas soñaciones, lleno de perfumadas inocencias; y quien hizo latir los corazones puede cristalizarse en las conciencias!

Por la negra pendiente descendiste ante la soledad del Gran Abismo y contigo se acaba el idealismo de un gran poeta pensador y triste. En lenta romería y meditando te acompañan las almas soñadoras ya que á todos también irá mustiando la móvitrana de las horas!



EL CADAVER DEL Sr. AMEZAGA EN CAPILLA ARDIENTE



El cortejo saliendo de la casa mortuoria



El Sr. J. A. de Izcue leyendo su discurso



El Sr Jose Gálvez recitando su composición



El Sr. Felipe G. Cazeneuve leyendo su discurso



Una escena de "Un client serieux"



Los coros del "Orfeon"



La primera cuadrilla en el "Orfeón"

Nuestros compatriotas en los Estados Unidos

NUESTROS jóvenes compatriotas los señores Julio N. y Manuel A. Marca Romero han llevado á cabo sus estudios en Estados Unidos de Norte América logrando notable éxito en sus exámenes y alcanzando meritisimos premios.

Los jóvenes Marca, residentes en San Francisco de California, salvaron de la horrorosa catástrofe que redujo á escombros aquella floreciente población en la cual habían fundado la «Sociedad Peruana de Auxilios Mútuos», centro al cual pertenecían nuestros compatriotas residentes en San Francisco.

Tenemos á la vista el programa de una de las fiestas con que la mencionada sociedad celebraba el aniversario patrio. Y en ese programa así como en la reseña de la fiesta se dejaba traslucir la mayor intensidad del cariño á la patria ausente.



Julio N. Marca Romero



Manuel A. Marca Romero

El señor Julio Marca era Presidente de la «Sociedad Peruana de Auxilios Mútuos» de San Francisco.

Jorge Stéphenson

INVENTOR DE LA LOCOMORA Y EL RIEL

¡Salve, sublime triunfador!—La estrofa
hoy brota al soplo de invencible anhelo....
Mi espíritu con ella te apostrofa,
como el Oceano, con su tromba, al Cielo!

Mi espíritu, ferviente te saluda,
te aclama ante el humano pensamiento,
y con el bloque de su idea ruda
te levanta un menhir, un..... monumento.....

Siempre sufrí de enaltecerme el ansia,
al mirarte,—del genio en el exceso,—
encadenar al Tiempo y la Distancia
sobre el Cáucaso inmenso del Progreso.

Y anhelé siempre, los santuarios tersos,
donde la mente ante tu luz se inclina,
cubrir con sueños y regar con versos
como con ramos de laurel y encina.

Fué tu aurora el dolor, fué la Miseria
el ángel negro que arrulló tu cuna
y fué la veste de tu ninfa Egeria,
desventura sin fin como ninguna!

Esa es la ley: las vidas más fecundas
con la más honda adversidad se abocan;
son plantas de raíces muy profundas,—
son las que al cielo de más cerca tocan.

Y así, en el gran panteón, que los destinos
agrupa en serie sideral:—la Historia,—
tú eres de los planetas más vecinos
al sol sin manchas de la eterna gloria.

¡Mártir y genio al mismo tiempo!... Tu hado
fué cuerpo dar al redentor vestiglo
que de emancipación será el enviado
en toda latitud y en todo siglo.

Cristo predica del amor los lazos
y el santo nombre de Igualdad encumbra;
pero tú ligas con mil férreos brazos
á cuantas patrias el dios-astro alumbrá.

Y si Colón, con hálito fecundo
á todo un mundo á la existencia llama,
tú engendras el Ormuz que en ese mundo,
ciencia, y ventura, y libertad derrama.

Síntesis de nobleza y hermosura
es tu invención descomunal y extraña;
con ella has usurpado á la Natura
lo más grandioso que su seno entraña:

allí retumba el estridor horrendo
con que despliega el huracán su sayo,
bulle del mar el tormentoso estruendo,
fulge el zig-zag deslumbrador del rayo.....

¡Creación divina! su soberbio aliento
arrebata en fantástica carrera,
y, émula del relámpago y el viento,
devora el riel con ansiedad de fiera.

Y allá viene imiradla.... cuánta pompa
ostenta, irguiendo, como un dios, la frente!
itodo lo arrolla su gigante trompa!
itodo lo doma su acerado diente!

¡Y sigue y sigue..... Contra su ágil vuelo
no hay noche ni tormenta en el camino!
sólo lleva un ideal, un sólo anhelo:
llegar triunfante á su final destino.

Y así, cuando oigo su febril jadeo,
ó el ronco grito en que su ardor se expande,
«toma mi ejemplo», que me dice creo,
«sí es que pretendes que te llamen grande!.....»

¡Stéphenson loor!.... ¡Loor inmenso
para tu sér que tanta gloria absorbe!
¡Tuyo es el puro, el inmortal incienso
de la más alta gratitud del Orbe!

Ni estatuas tu grandeza necesita,
ni laureles ni tómulos tu fama:
¡cada locomotora que transita
es una trompa que tu nombre aclama!

Que ofrenden á la diosa de Citeres
ésos que el vulgo, con su aplauso incita,
ó elogien la beldad de las mujeres
ó abismen su alma ante una flor marchita:

Yo canto sólo á quien el hombre arranca
de la tiniebla que á su mente encierra;
al que ase de Arquimedes la palanca
y lanza en pos del «Ideal» la Tierra:

Al que, engolfando, como tú, sus días,
de la Verdad en la región lozana,
realiza el carro del profeta Elías
en bien y gloria de la Especie Humana.

¡A genios como tú: que lo Infinito
me atrajo siempre á su insondable seno:
¡siempre del mar sugestionóme el grito!.....
¡siempre el sonoro retumbar del trueno!

.....
.....
Mas ¿por qué el estro del cantor desmaya?
¿será que piensa en que talvez el eco
de sus arranques á perderse vaya
en el «no sér» incontrastable y hueco?

¡Nó....! que es granito mi canción, y apenas
si al granítico bloque se restringe;
puede romperse el Partenón de Atenas,
inunca de Menfis la ciclópea esfinge!

¡Nó....! que los tumbos de mi nota franca
el nombre enhiestan del titán fecundo
que forjó de Arquimedes la palanca
y en pos lanzó del «Ideal» al mundo!.....

JUAN MIGUEL PÉREZ.

Lima.

EN POS DE UN IDEAL

Dedicado á Miss. Elsie Wood

VIVIMOS en un siglo de positivismo exclusivo: inclinar las más ricas energías de la vida, por un sendero hermoso y florido, en el fondo del cual se vislumbra, como compensación á la vitalidad gastada, el *placer*, inmenso, infinito, inacabable... tal es el punto hacia donde converge la aspiración general del hombre. Su dominio es tan grande, su influencia tan decisiva, que todo se sacrifica en obsequio á esa tendencia avasalladora, que domina á las multitudes, envolviéndolas en una densa atmósfera, asfixiante, y tan seductora que es bien difícil el sustraerse á su acción. Se llega á la meta soñada, tal vez sí, tras crueles desgarramientos, y las dichas que se vislumbraban con creciente empeño, resultan tan insignificantes, que se extinguen á penas se siente su contacto—¡Bombas de jabón! Inos deslumbra su hermoso colorido, y nos apenas la dolorosa realidad!

Gozar!... Todos queremos llegar allí: el niño, el adulto y el anciano; el hombre libre y también el esclavo; el pensador sesudo y aquél que no ejercita jamás su actividad pensante; las razas y los pueblos; todos son arrastrados por esa corriente vertiginosa, que toma al individuo y después de sofocarle y vencerle, apenas le deja libre cuando hecha girones su alma, no le queda por herir fibra sensible alguna. Pero ¿qué es el placer?—¿Donde está?—¿En qué consiste?

Tarea imposible sería el enumerar los tópicos principales en que se le hace consistir. El hombre, á semejanza del niño, que aspira la posesión de un juguete, solicitado con singular tezon, imagina que llegará á ser feliz, el día que corone el éxito, la realización de sus deseos. ¡Imposible! Siempre queda un más allá, un nuevo horizonte para la aspiración, que así se torna insaciable; mientras más se le solicita más esquivo se muestra; al acercársele se le ve alejarse aun. Cuando cese toda sollicitación de nuestro espíritu; el día en que las ilusiones se desvanezcan y mueran las esperanzas, ¡triste día! ¡entonces la vida no tendría explicación plausible!

Sin un punto de mira adonde llegar; sin la expectativa de un ideal acariciado; viviendo ajenos al movimiento general; desprovistos de los elementos que concurren á practicar algo, de utilidad común; el espíritu pierde toda su fuerza expansiva y replegándose sobre si mismo, forma al misántropo, quien no tardará en evolucionar, hasta convertirse en el egoísta de alma mezquina, pobre y tan estrecha, que si es incapaz de gozar, desconoce á su vez, los móviles que conducen á labrar la felicidad en otro ser.

Según ésto ¿será posible sentirse feliz sin serlo realmente?—¿Se puede gozar, con sólo la contemplación del espectáculo, que ofrecernos puede la felicidad ajena, y que hemos contribuido á labrar?—Yo creo que no es aventurado el afirmarlo. Ese curioso y raro fenómeno surge del fondo de las almas altruistas; ricas de ternura; desbordantes de abnegación; y, en las que, el placer que hacen sentir, deja impresa huella más indeleble, que el placer gozado: espíritus abiertos al sentimiento, lo derrochan sin medida, sin consultar siquiera lo que en ese medio generoso, de dádivas infinitas, quedarles pueda. Esa riqueza, esa exhuberancia del bien, desbordante y sin límites, impone la necesidad de esparcir esa semilla,

difundirla y cultivarla sin calcular siquiera, que beneficiarán las primicias.

Derroche de sentimiento difunde el altruista, sin darse cuenta de lo que da; sin saber que practica una acción loable; y, tan familiar le llega á ser que no encuentra mérito en prodigarla, do sea necesario. Está penetrado en su ser como un aire sutil, vivo y penetrante; esparcido en pequeñas dosis, pero á tan alta presión, que tiende á expandirse: una especie de *ozono* del alma, que poco á poco se infiltra en la circulación psíquica, para tonificar los vasos, depurar el fluido y eliminar esas toxinas que inficionan el ser haciéndolo egoísta, hipócrita, frívolo, etc.—Gravitando el espíritu en la vida del sentimiento, no le abandona jamás, y construye sobre esa moral sublime, una religión, es decir, una pasión energética; una poesía viviente y sentida, de donde brota el fuego que prenda una llama lúcida é inextinguible, que en lugar de ser ahogada por las necesidades de la existencia, perdure el deseo vivísimo de una vida moral superior.

No se puede gozar sin sentir satisfacciones propias, se dice á cada paso. Sin embargo, Amiel, ese espíritu ginebrino tan tierno como delicado y que tan infeliz fué nos dice: «Mientras más se ama, más se sufre». «La suma de los dolores posibles, para cada alma, es proporcional á su grado de perfección». Ante este razonamiento, el peso de lo que se llama sacrificio no se siente, sino como un suspiro que pasa; y, enamorada el alma, más de la felicidad de los seres queridos, que de la suya propia, se difunde hasta lo infinito llevando en sus átomos invisibles impregnada, como la más rica esencia, el perfume que consuela y cura una alma extraña, azotada por un infortunio que es incapaz de combatir.

Más aun: el dolor depura el sentimiento, volviéndolo perfecto, tierno y expresivo. Los más grandes pensadores; aquellos que nos han legado, las primicias de su talento, siempre fueron infelices. El placer torna egoísta y aleja de todo medio, para recrearse sólo en las fruiciones sentidas; quien goza únicamente, no ama sino su yo, haciendo abstracción de los demás. El dolor sufrido en obsequio de alguien, ó en defensa de una causa, es el símbolo más perfecto de abnegación. Provoca, podemos decir, la combustión del pensamiento y su rol es análogo al del ázoe en el aire vital.

La vida, eterna amalgama de llanto y risa; plagada de amargura infinita; de decepciones y miserias sin número; hiere y lacera, con tan funesto cortejo el corazón capaz de sentir. En cambio, pasan sin lastimarse, las almas duras, cerradas á las bellezas que exteriorizan los sentimientos; tan pobres en el sentir, que nada comunican porque muy poco poseen.—Espíritus de fuerza centrípeta todo gravita en su centro.—Los primeros son espíritus de fuerza centrífuga, que todo lo lanzan, impelidos por su acción invencible y lo exteriorizan en el medio comunicativo que les es propio.—Afortunadamente si no abundan estos *espíritus abnegados*, yo he encontrado alguno en el camino de mi vida.

ELVIRA GARCIA Y GARCIA.

Lima, 27 de Noviembre de 1906.

LAS MANIOBRAS DE 1906



En pamento



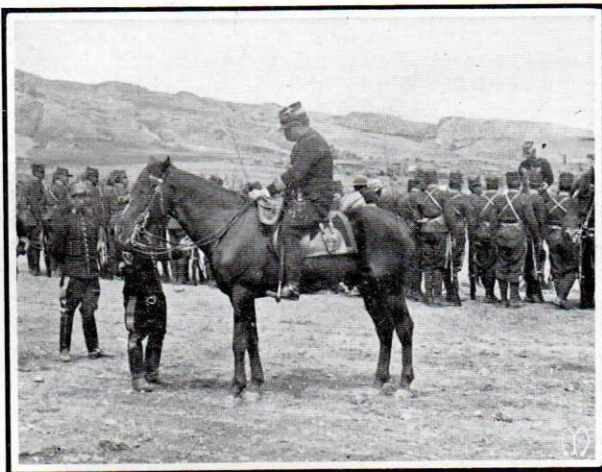
Llegada de un contingente



Recibimiento á los reservistas



Ejercicios de fuego



Impartiendo órdenes



Pagando á los supernumerarios

AGUSTIN ASPIAZU

¿SÓLO á los pueblos que han llegado á un grado relativamente alto de progreso, les es dado tener hombres superiores, pues que, ellos son el resultado de su prosperidad y el producto del medio ambiente que los rodea.

¿Y cómo podremos medir la potencialidad de un ser que, nacido en un círculo estrecho, depresivo y en un país de intolerancia y absolutismo, ha cultivado los distintos ramos de saber humano, hasta llegar á dominarlos? Inludablemente, no se vacilará en llamarlo *sabio*.

Así fue, Agustín Aspiazu, cerebro poderoso, bien dotado de sustancia gris y apto para abarcar y resolver los grandes problemas; carácter debidamente cultivado que no sabía de las abdicaciones; he ahí por que, no tuvo la triste celebridad que se adquiere en estas híbridas nacionalidades latino-americanas.

Pero nó! hay seres que, á su paso por la vida, dejan honda huella; esos no mueren y se llaman: *genios*; viven sí, con sus obras y su recuerdo es imperecedero; á ellos pertenece Aspiazu: consultad los trabajos que nos ha legado.

Bolivia no se ha dado cuenta que, de su seno han surgido personalidades que han llamado la atención del mundo, y entre ellas se destaca en primer término, la de Agustín Aspiazu. Cómo lo iba á saber, si es un pueblo incapaz de comprenderlas y sólo apto para endiosar á las mediocridades triunfantes? Sólo así se explica el abandono en que han vivido y el olvido que los envuelve aún más allá de su tumba.

Aspiazu, tiene derecho á la gratitud de su patria, á la que consagró su genio y sus energías. Difícilmente se encontrará un hombre que más se hubiese preocupado de ella; aún fue político, sin embargo de que él detestaba las mezquindades y pequeñeces, bases de la política nacional; más él sirvió á su país con sinceridad y pureza en los momentos más críticos por los que atravesó Bolivia, y jamás tomó la política como fácil y fecundo campo de explotación. La experiencia que en ella recogió, lo movieron á fundar en compañía de preclaros ciudadanos: *el partido liberal principista*, el mismo que, si viviera aun, no acertaría á reconocerlo.

Mas, no era ese su terreno de acción; su constitución orgánica y psíquica, lo inclinaban más á la amplia esfera de la ciencia y su propaganda. Y así lo vemos rodeado de un núcleo de jóvenes que han hecho escuela y hoy constituyen el orgullo nacional; discípulos suyos son los Bustamante, Pabón Oquendo, Kramer, Paredes, Zarco, Leigue. Mas, Cornejo y todos los cerebros de esa generación, que desgraciadamente se extingue y se va con el Maestro por el camino de lo ignorado....



AGUSTIN ASPIAZU

Hay hombres que se imponen y se hacen necesarios, por eso Aspiazu fue colocado á la cabeza de la Instrucción como Ministro y después Cancelario de esta Universidad, habiendo dado *verdadero* impulso á tan importante ramo; hasta que fue retirado de este último puesto por no comulgar el mismo credo político-religioso ni aceptar las imposiciones de un gobierno ultramontano. Cosas de nuestra tierra...

Intentar, señalar siquiera, los rasgos biográficos de este supert hombre, es tarea á la que renunciamos por ahora: repitamos lo que dijo uno de sus más aventajados discípulos: «Que Filósofo sincero é independiente, publicista y jurisconsulto. Ardiente propagador de la ciencia nueva, matemático y geógrafo. Sabía hasta los grandes problemas de la mecánica celeste. Majistrado, profesor, sentía incesante fiebre de saber y de vulgarizar».

Son las generaciones nuevas y vigorosas, aquellas que no se detienen en las superficialidades literarias para ser útiles á su patria; son ellas las que le hacen justicia.

Hoy que ya no existen los mentores de otros tiempos... es que, recién se empieza á comprender la labor del *sabio*; y la intelectualidad joven toma el nombre de este sublime mártir, que murió en la soledad y la miseria, y como un estandarte sagrado lo ponen al frente de sus ideales, los que alimentados por la memoria de aquél que les sirve de ejemplo, triunfarán y con ella la gloria de Agustín Aspiazu.

ELOY GOZALVES V.

EN EL ESTRECHO DE COREA

EL ALMA SENTIMENTAL DEL IMPERIO DE LA MAÑANA APACIBLE

DEL alma japonesa sabemos mucho. Sabemos lo que nos dicen sus poetas—sus delicados poetas crepusculares—y lo que sus admirables pintores nos revelan. Sabemos que es un alma orgullosa y artista, altiva y sutil, heroica y sensitiva. Pero, y de la Corea ¿qué sabemos? ¿Quién ha penetrado jamás los arcanos de la sensibilidad del imperio de la Mañana Apacible? ¿Quién ha visto lo que hay bajo aquellos sombreros inmensos? Nadie; no; nadie. Porque hasta hoy sólo las artes y las letras de un país han servido eficazmente para dar idea de su alma. ¿Y dónde están hoy las artes, dónde están las letras coreanas? Lo único que conocemos es una novela, tan corta cual la *Dafnis* griega, que se titula *Ichun Hyang*, ó dicho sea en fábula vulgar: *La Perfumada Primavera*. Yo he querido leerla en este mar coreano, frente á esas costas coreanas. En la biblioteca del barco existe, una traducción europea, hecha en francés, por Hong-Tjyong-Ou, noble de Seul, mandarín de primera clase, y corregida por Rosny, que dice en su prólogo, lo que sigue: «Tengo la convicción de que este delicioso idilio informará mejor sobre Corea, sobre el espíritu y el sentimiento mongol, que las más largas historias. El nos dirá lo que necesitamos saber: la belleza y la bondad de las razas rivales; y nos inspirará también una simpatía más humana hacia esos hermanos nuestros de color bronceado, hacia esa lenta civilización amarilla que puede enseñarnos secretos de conservación y de vida, ayudándonos tal vez á que nuestro encuentro con ellos no sea destructor, como lo fué con la civilización roja. Y quién sabe si ayudará también á un acuerdo pacífico que sea fecundo, á un profundo análisis por el cual ellos puedan apreciar nuestra precipitada síntesis. Nada, pues, tan interesante, en estos trágicos instantes en que dos grandes pueblos de presa se disputan la dominación del suave país de la Mañana Apacible, como analizar esta novela única.

El principio hace pensar en un cuento de hadas: «Vivía antaño—dice—en la ciudad de Nam-Hyong, el príncipe I-Teung que tenía un hijo llamado I-Toreng, de diez y seis años y que era uno de los más doctos jóvenes de la comarca».

¿No es verdad que parece que leemos una ingenua página de Perrault? ¡Y si vierais el sentimiento de la naturaleza que anima todas las escenas! Desde el principio, ante la primaveral belleza del paisaje, junto á los pastoriles arroyuelos, bajo los árboles que cantan, el adolescente estudioso exclama, dirigiéndose á su preceptor: «¡Mirad esa admirable naturaleza! Valor me falta para trabajar cuando la veo tan bella y cuando pienso que, aun viviendo un siglo, no viviré más que treinta y seis mil días consagrados á la tristeza, á la miseria y á la enfermedad. ¡Ah! ¿no sería acaso preferible vivir sólo algunos días felices?... ¿Por qué hemos de trabajar siempre?... ¿Por qué estudiar siempre? Decidme dónde hay un lugar en esta ciudad digno de ser admirado».

«—Quiero verlo—dice I-Toreng;—llevadme allá».

De pronto, al llegar á Cuang-Hoa-Lu, contemplando á una niña que se mece en un columpio, exclama:

«—¡Qué divina aparición!»

Y en efecto, lo es. Los coreanos pueden no ser hermosos. Las coreanas, en cambio, son lindísimas, por lo menos en las descripciones literarias. «Una sonrisa

abrió los labios de la niña—dice la novela—su boca parecía una flor de nenúfar entreabierto sobre las aguas; ella balanceábase siempre en el espacio, como una golondrina en los aires; con la punta de su pie diminuto y caprichoso, separaba las hojas de las ramas, que caían en menuda lluvia por el suelo: sus manos pequeñitas y blancas cogíanse á la cuerda del columpio. Y su talle esbelto y fino, inclinábase como el sauce movido por el viento».

I-Toreng, loco de admiración, prosternóse.

¡Desgraciado I-Toreng! Pero no más desgraciado que los parisienses que se encuentran en su misma situación. Entre él y un «joven amoroso» de Bourget, casi no hay más diferencia que el *decor*, es decir el marco, lo que menos importa. En cuanto al alma, es la misma. Al llegar á su casa con el pecho flechado, el joven coreano, cual un europeo, acostose: pero no pudo dormir: no, no pudo. ¡La idea fija! «Al fin, después de un largo insomnio, durmiese, soñando que se paseaba por Cuang-Hoa-Lu: que volvía á encontrar á la bella Chun-Hyang columpiándose entre los árboles, que la seguía, que la veía correr alegre y caprichosa hacia la casita de sus padres, que la seguía diciéndole palabras dulces... muy dulces... y que ella, la niña bonita, la niña adorada no le contestaba. «—¡Ah! ¿Tendrá el corazón duro como la piedra ó el hierro?»—pensaba el desventurado.—«¿Cómo podría yo conloverla?» Y atraído cada vez más por el misterio, con voz suplicante, pedíale una sola palabra, una sola para oír el timbre armonioso de su voz. Y ella respondíale: «—La costumbre exige que el hombre se mantenga apartado de la mujer. Si entráis en mi casa, no seréis digno de mí; por eso no quiero hablaros».

¡Qué pena tan honda!

Los amorosos de las novelas de Gabriel D'Annunzio no sufren más almidaradamente, ni hacen más frases rítmicas que I-Toreng.

Pero no todo es poesía en *La Primavera Perfumada*. También hay acción y ésta ya no hace pensar en los Bourget, ni en los D'Annunzio, sino en el autor del *Baroncito de Faublás*. Con el objeto de llegar hasta el fin de su ensueño, en efecto, I-Toreng se disfraza de mujer y va, magníficamente ataviado, á pasearse cerca de la casa de su Dulcinea. Ella le ve y exclama: «¡Oh, qué joven tan bella! ¡Es bella como la luna que aparece al oriente de la montaña! ¡Ah! si fuera un hombre, cuán feliz sería yo amándolo». Y luego, dirigiéndose á la anciana que la acompaña, le dice: «Esa joven desconocida, extranjera tal vez, debe aburrirse jugando sola». —«¡Qué buen corazón tenéis!»—responde la anciana.—«¿Queréis que la llame? Si viene, mejor que mejor y si rehusa, nada habremos perdido». —«¡Ah! no es político—responde Chun-Hyang—el llamar á una desconocida, sobre todo á una extranjera noble que no nos conoce. Lo que pudiéramos hacer es salir á su encuentro».

La anciana, que naturalmente está de acuerdo con el enamorado, muy contenta por el éxito de su estrategia, aplaude la idea. Y entonces se encaminan con aire distraído para salir al paso de I-Toreng, que al verlas ya cerca parece sorprendido, y las saluda, cortés. —«Vamos á divertirnos á Cuang-Hoa-Lu—dice la anciana.—Os hemos visto jugando aquí, solita, y creíamos que os sería agradable nuestra compañía».

I-Toreng se siente loco de alegría.

Después de esta escena picaresca, la manera de D'Annunzio vuelve á triunfar. El joven: «Quiero recitaros una poesía que he compuesto». Y viendo atenta á Chun-Hyang, comienza así: «La vida es como un arroyo que corre. Por eso la vista del agua suscita mi melancolía; pero el saludo de los sauces que el viento inclina me consuela».

La joven que se llama Chun-Hyang, oyendo esas cosas se pone triste y responde: «El mundo es como un ensueño de primavera y no podemos ser jóvenes más que una vez. ¡No poder salir jamás, no poder nunca divertirse, cosa triste es! ¡Y puesto que no podemos ser jóvenes más que una vez, gocemos de nuestra juventud!»

¡Vanas palabras! El fondo del alma de la doncella es melancólico. Y así, á pesar de su deseo instintivo de goce, continúa pensativa al observar que las frases y los modales de I-Toreng no son femeninos. Esa singularidad le llama la atención y una ligera sospecha le hace presentir la verdad.—«¿Vuestros padres viven aún?»—pregunta I-Toreng.

—No; mi padre murió; y sola, vivo con mi madre. ¿Y vos?...

—Yo tengo padre y madre,—contesta I-Toreng.

—Sois más dichosa que yo. ¿Pero si regresáis tarde, vuestros padres no os dirán nada?

—Sí, por cierto; y si tal cosa ocurriese con frecuencia me castigarían; pero una sola vez no importa».

Lo más curioso es que el autor coreano, adelantándose á los personajes de los sabios libros de Kraft Ebing, une la suprema malicia con la suprema inocencia y hace nacer en el alma de su protagonista un amor inmenso por la chica encontrada en el campo. Creyéndola siempre mujer, escríbele: «Seré dichosa viéndoos. Desde que nos separamos en Cuang-Hoa-Lu, pienso continuamente en vos; por eso vuestra carta me ha colmado de alegría. Os espero con gran impaciencia».

Al día siguiente salen juntas de paseo. Ambas están pensativas. De pronto I-Toreng dice:—«¡Cuánto siento que no seáis hombre, pues si lo fuerais os amaría mucho y nos podríamos casar!»

—¡Ah! yo pienso como vos—responde Chun-Hyang.—También yo quisiera que fuerais un joven para poder casarnos.

—¡Oh, no puedo creerlos!—replica I-Toreng.

—¿Por qué no me queréis creer?—pregunta Chung-Hyang.

—Porque vuestro pensamiento no puede ser como el mío. Creo que me estáis engañando.

Chun-Hyang responde: —Ya sé, ya sé; Confucio ha dicho: «Un corazón desconfiado cree desconfiados todos los demás». Por eso no me queréis creer. Sois vos el que me estáis engañando. Estoy de ello cierta.

—¡Oh!—exclama I-Toreng riendo.—Admitamos que yo os engaño. ¿Es cierto que pensáis como yo?

—«Cierto; yo no tengo la costumbre de dudar de los demás. Yo digo siempre lo que pienso».

La escena es deliciosa y se prolonga durante largas páginas en frases galantes y comedidas, con sutilezas de vieja retórica.

Al fin, la joven exclama:—¿Por qué me decís todo eso?... ¿acaso sois un hombre?...

—Sí, soy un hombre—responde I-Toreng.

Y Chun-Hyang sorprendida exclama:—¡Ah no os creo. Porque si sois un hombre ¿cómo os habéis vestido de mujer?... ¿Para qué?...

—«Tenéis razón; esto debe pareceros muy extraño; pero como mis vestidos me impedían acercarme á hablaros, me disfracé de mujer».

Chun-Hyang creyendo que todo aquello era una broma replica:—«No creo cierto lo que me dices».

—«¿Que no me creéis? Pues soy I-Toreng, el hijo del mandarín».

El capítulo concluye así: «Los jóvenes volvieron dulcemente enlazados diciéndose al oído las palabras más

melosas. Ella, dándole palmaditas en la cara, como á un niño, exclamaba: ¡Ah, el picarillo, como me ha engañado!»

En Corea los casamientos se hacen como en la Arcadia de Dafnis y Cloe. Nada de sacerdotes. El altar es la naturaleza.

Durante días y días, los desposados secretos son felices. Pero llega un día en que el rey cambia de puesto al mandarín. I-Toreng, desesperado, sin poder llevarse á su compañera, le confía sus penas. Ella, estupefacta como una marquesa de Bourget, exclama: «¿Qué me estáis diciendo? ¿Acaso vuestro padre sabiendo nuestro amor os quiere alejar de mí?»

—¡Oh, no—replica I-Toreng.—Mi padre ha sido nombrado ministro y debe ir á vivir al lado del rey. Y al dar á su amada tan triste noticia llora. Ella le consuela con sus labios. Y pensando en la dificultad de acompañarle dícele amorosa:—No lloreis; sino podéis llevarme con vos esperaré que vengáis á buscarme.—Sí, pero yo no puedo estar un día, una hora sin veros. ¡No! eso es superior á mis fuerzas. Y Chun-Hyang arrojándose al cuello de su amante y juntando sus mejillas á las del joven, contesta irónicamente:—Vais á partir, amiguito mío, pero antes decidme cuándo vendréis á buscarme.

Y señalando á una cigüeña pintada sobre el muro agrega:

—¿Será acaso cuando esa ave cante y vuele?... ¿O cuando el mar ocupe el espacio de la tierra y la tierra el espacio del mar?... Si queréis matarme antes de partir, sea; pero dejarme aquí sola, imposible! I-Toreng al oír aquellas palabras exclama;

—«¿Qué haremos?»

Al fin hace lo que todo coreano esclavo de sus padres tiene que hacer. Se marcha. Deja á su mujer. Sigue á su familia. Pero, eso sí, se va jurando fidelidad.

Pocos días después llega el nuevo mandarín y dice á su criado, que era el mismo del mandarín anterior:

—«Conoces á una joven del pueblo que se llama Chun-Hyang.

—Sí, señor.

—Hazla venir á mi presencia.

—Lo creo difícil—responde el criado—pues esa joven es la mujer de I-Toreng, el hijo de vuestro antecesor».

La noticia pone furioso al mandarín, que grita:—«¡No digas nada más y obedece inmediatamente!» El criado se inclina y sale á cumplir su misión.

—«¿Qué queréis de mí?»—pregunta Chun-Hyang al criado.

—El nuevo mandarín quiere veros. Venid en seguida.

Y no pudiendo negarse á cumplir aquella orden, preséntase la joven ante el nuevo mandarín que contemplándola atentamente:

—¡Es bella!—piensa. ¡Es bella á pesar de sus pobres vestidos!

He oído hablar mucho de vos en Seul, dícela. Y ahora, viéndoos tan bella lo comprendo. ¿Queréis casaros conmigo?

Chun-Hyang nada responde. El mandarín insiste:

¿Por qué no me respondéis?—Y la misma interrogación repetida tres ó cuatro veces, queda sin respuesta. Por fin furioso el mandarín grita:—«¿Por qué no me contestáis?»—«No os he respondido porque soy la mujer de I-Toreng».—Además—agrega Chun-Hyang exasperada—si el rey de Corea os ha enviado á Nam-Hyong será ciertamente para que os ocupéis de las necesidades del pueblo. Os aseguro que no os faltará trabajo. Y si el rey os envió para casaros conmigo, obedeceré sus órdenes; pero si no es así, creo que haríais mejor en cumplir los deberes de vuestro cargo aplicando con justicia las leyes.

El mandarín no puede contener su cólera. Ciego de ira llama á sus servidores ordenándoles que lleven presa

á Chun-Hyang. Ella, con gran calma, antes de partir le dice:—¿Por qué encarcelarme? Jamás he cometido ninguna falta. Una mujer casada debe ser siempre fiel á su marido. Si el rey de Corea fuera reemplazado por un usurpador ¿lo traicionaríais vos sirviendo al nuevo monarca?

El mandarín cada vez más colérico, dice:

—¡A la cárcel, á la cárcel inmediatamente!

Y en ella es encerrada la pobre Chun-Hyang, para pasar muchos días desconsolada y sin querer tomar ningún alimento.

Por su parte I-Toreng termina sus estudios. El rey, que parece un rey del país de las hadas, le pregunta después de examinarlo:

—¿Qué quieres?

El contesta:

—Volver á Cuang-Hoa-Lu.

El rey le nombra en el acto su representante allá. Y allá se va. Y disfrazado de mendigo, llega la víspera

del día en que el mandarín cruel se propone decapitar á su desdenosa prisionera en medio de un gran festín. En el acto hace sacar de la cárcel á su mujer y meter en su lugar al mandarín. Y cuando el rey lo sabe, sorprendido y encantado de la fidelidad de Chun-Hyang, la nombra Tchung-Yoli-Puin—que quiere decir duquesa.—Y es oficialmente presentada á los padres de I-Toreng que la reciben con gran pompa.

«El rey—termina diciendo la novela—asegura que la fidelidad de Chun-Hyang, la hija, del pueblo, es más meritoria que la de las hijas de los nobles; y él desea que este ejemplo pueda servir de modelo á las demás mujeres y que los hombres se inspiren en él como símbolo de la fe que deben guardar el rey su señor». Y aquí tenéis cómo en la Corea lo mismo que en el resto del mundo, los novelistas populares premian siempre al final á los buenos y castigan á los malos. ¡Alabado sea el Dios del país de la Mañana Apacible!

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

La juventud loretana en la "Escuela Técnica de Comercio"

Los jóvenes Manuel Valles, Emilio Vizcarra, Julián Ruiz Zumaeta, Elías Cohen, César A. Rojas y Antonio Acosta, hijos del departamento de Loreto, que actualmente siguen sus estudios profesionales en la «Escuela Técnica de Comercio» de esta capital, han tenido una idea felicísima, cuya realización los honra altamente, así como al establecimiento que los educa. Se proponen reunirse con frecuencia con otros jóvenes del mismo lugar, avecindados en Lima, á fin de cambiar ideas sobre la mejor manera de hacer conocer en su departamento, y con toda oportunidad el desarrollo que el comercio y las industrias experimentan en esta ciudad, el desarrollo cada día más notable, como que es la consecuencia de una era de paz que parece consolidada por el buen criterio de la mayoría de los peruanos. Con mucho agrado ofrecemos en esta edición los retratos de los patrióticos iniciadores de tan bella labor, que tiende además á mantener en estrecha unión á la juventud estudiosa de Loreto, donde quiera que se encuentre. En nuestro grabado están acompañados por su profesor de Inglés, Mr. James S. Watson, uno de los más entusiastas del cuerpo docente de la Escuela de Comercio, quien viene demostrando un interés, digno de atención, por todo lo que se relaciona con nuestro progreso material, interés que dió buena prueba en el importante discurso que dirigió al Honorable Sr. Root, cuando como miembro de la «Asamblea Nacional de Comercio» formó parte de la comisión nombrada para entregar á dicho Sr. el diploma de miembro honorario de aquella respetable corporación.

En celebración del advenimiento del año nuevo, preparan los jóvenes loretanos la instalación de la junta, en el amplio salón del directorio de la Escuela Técnica de Comercio, que les ha sido ofrecido para ese efecto, en cuya instalación determinarán los objetos que van á enviar á la Municipalidad de Iquitos para que sean repartidos entre la juventud estudiosa de aquella localidad. Figurará entre esos objetos el novísimo y significativo volumen mandado imprimir por el Ministerio de Relaciones Exteriores y dedicado al Honorable Secretario de los Estados Unidos Mr. Elihu Root con motivo de su visita á Lima.



Mr. James S. Watson, con sus alumnos de Loreto en la "Escuela Técnica de Comercio"

Sabemos que la presidencia de este nuevo centro, será encomendada siempre, á personas de Loreto ó que hayan tenido allí, una figuración distinguida.

Los jóvenes de la Escuela Técnica de Comercio que no han querido terminar su año escolar, sin fomentar ideales tan patrióticos, merecen el aplauso general, porque con su iniciativa han de lograr resultados provechosos para la unificación de todas las secciones políticas de la República.



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú, Decano de América
MONUMENTO SAN MARTIN EN LIMA, EN LA PLAZA DE LA EXPOSICION

Foto. Mora

DEL PASADO.....

A Luis G. Urbina

EN una de esas tardes del otoño mexicano, cargadas de humedad, de ráfagas agudas como estoques, de perspectivas turbias, de cielo plomizo, emprendí, con mi amigo Lucio—poeta luminoso, en su modestia—un paseo por el bosque de Chapultepec. Era en el instante de las primeras vaguedades del crepúsculo. En el vasto recinto gravitaba una melancolía honda. Las nubes derramaban en la atmósfera apariencias de brumas hiperbóreas; en las ramas de los grandes árboles—árboles milenarios—el viento tenía sonoridades de cascadas, ó imitaba el rumor hervoroso de la lluvia, ya amenazadora. La concurrencia era escasa, y los coches y los automóviles pasaban con una como fugaz displicencia, ante el silencio de la vida humana y la polifonía orquestal de la naturaleza, bajo el mutismo dominador del «Castillo»... Una gran mancha de rojo desteñido sugería la idea de la presencia invisible del sol, cerca del ocaso.

La alegría optimista de Lucio, ficticia, pero ya en él una segunda naturaleza, parecía esa tarde escondida en el más profundo de los pliegues de su espíritu, para dejar surgir toda esa enfermiza sensibilidad—tan llena de nostalgias indefinibles—propia, como un doloroso bien, del verdadero artista. Hablaba poco, cual si su espíritu, en comunión íntima con el aspecto desolado de las cosas, recogiera en la delicadeza de sus fibras el misterio de las sutiles armonías de aquella hora.... Y de pronto, siguiendo sin duda un monólogo interior, mientras nos internábamos por una de las calles más desiertas, dijo:

—El recuerdo tiene á veces impiedades felinas; se torna de acariciante en cruel; tortura, desgarrar. Le quita al pasado su velo azul, su luz ilusoria, y desnudando adorables íconos, brutalmente les arranca su belleza de ensueño.... Hace apenas unos minutos veníamos en el tranvía eléctrico, entre una multitud heterogénea de pasajeros, empleados los más de oficinas públicas y comerciales, de regreso á sus casas, en los pueblos vecinos. El carro volaba; las casas huían; el paisaje se modificaba con brevedades de segundos. Tan sólo, allá en el fondo, la serranía, del color ceniciento del aire, se alzaba y se perdía en las opacidades del cielo, con la arrogancia de lo inmutable. La concurrencia, tan ajena á lo exterior como al ambiente interno, iba absorta en sus propias preocupaciones, las cotidianas, deseosa tal vez de llegar al término del viaje.... El tranvía volaba siempre; las enormes casas de los barrios centrales desaparecieron; las mansiones rústicas, y las quintas y palacetes sucedíanse vertiginosos, á lo largo de la gran calzada. Y yo pensaba en cómo la costumbre hace todo indiferente; me imaginaba esos rostros, impasibles ó tediosos hoy, quince años antes, al contemplar de súbito la aparición y fuga de un carro eléctrico, deslumbrándolos á su paso, ó en la voluptuosidad exquisita que habrían reflejado, viajando entonces en él, los primeros. Así tan-

bién para el automóvil, ese supremo lujo de la locomoción, llegará la época de la vulgaridad, de su democracia, y las clases ricas, con el perpetuo afán de lo raro, inventarán otro medio, aunque sea menos rápido, menos cómodo, de lucir sus elegancias viajeras en los torneos mundanos....

Lentamente, en tanto que Lucio hablaba—penetrados por el grave recogimiento de aquellos sitios—trazamos una parábola en el bosque, al través de avenidas y senderos, llenos ya de noche. En ellos albeaba á ratos el mármol de alguna estatua. Varios coches, á lo lejos, encendían sus linternas, verdes y rojas, moviéndose entre los ramajes con mariposeos de luz. Estábamos ahora casi al comienzo del paseo, junto al flanco izquierdo del castillo; y de sus cien ventanas abiertas caían hasta nosotros, con el secreto de los silencios evocadores, los fragmentos de una historia, mezcla de tristezas y de triunfos, de desesperanzas luctuosas y de entusiasmos heroicos.... Lucio prosiguió:

—Pensaba en eso, por pensar en algo, cuando posé distraído la vista en una pareja femenina, de edades distintas, madre é hija quizás, sentadas cerca, frente á nosotros.... Posé distraído la vista; pero luego, mis ojos se quedaron allí fijos. Tú no te diste cuenta de nada, absorto como estabas en la contemplación de los paisajes de afuera. Al principio, el artista adorador de lo plástico, alerta siempre en nosotros, hízome contemplar exclusivamente á la joven: una deliciosa niña de catorce años, ya con aspecto y encantos de núbil. Su busto, de curvas finas y nobles; su rostro oval, á la manera de los pre-rafaelistas, blanco, con leves matices rosas, bajo el cabello castaño, eran, en verdad, hechiceros. La niña me miró, halagada, en su naturaleza femenina, de mi contemplación; y poco á poco, aquellos sus ojos, de un verde oscuro, cargados de humedades radiosas—como los inmóviles de Mona Lisa—fueron clavándose en mí, con tenacidad obsesionante. Es que esas pupilas me recordaban algo, no preciso aún en la memoria, pero que la intrigaban poderosamente. Yo los había visto otra vez, muchas veces.... ¿dónde? Y, por un impulso instintivo, miré á la madre.

*
* *

Una señora de edad indefinible, treinta ó cuarenta años, ricamente vestida de negro. En su cara, de contornos blandos, había una vejez prematura. O la maternidad la marchitó cuando estaba en la plena primavera; ó un amor demasiado intenso dejó en ella los surcos de las pasiones corrosivas; ó las continuas convulsiones tormentosas, no confesadas, de ciertos hogares, exteriorizaron sobre aquella carne precedera los dolores del espíritu. Pero como á cada paso encontramos de esos semblantes—donde se encierran complicados enigmas psíquicos—no me hubiera interesado el que observaba, á no ser por los Sojos. Con el mismo tinte verde oscuro de

los de la hija, no obstante su beatitud inexpresiva, me intriguaron más. Los conocía; me eran familiares. Y mi recuerdo trabajaba, trabajaba en una confusa niebla de acontecimientos pretéritos. Nada solucioné en ese momento! Bajamos. La pareja siguió... Y ahora he recordado. Esa mujer, rudamente macerada por el tiempo, fué quizás mi primer entusiasmo amoroso. cuando los veinte años ponían en mi cerebro mil líricos idealismos. Ella, por suerte, tampoco me reconoció: también sobre mí ha llovido mucho; la lluvia amarga de todos los escepticismos.

La encontré una tarde como la de hoy, junto con una amiga, en estas mismas avenidas. Volví á verla en los siguientes días. Vivía en una quinta del pueblo inmediato. Hubo *flirt*; luego cartas; luego una entrevista tímida en un baile; luego paseos vespertinos aquí, con la vigilancia indulgente de la acompañante, y, por último, la audacia de un beso. Después... se fué de la capital, no la ví más, y el encadenamiento complicado de los acontecimientos de la diaria existencia, borró del recuerdo esa trivial aventura de adolescente... Pero de ella quedó volando por la prensa hispano-americana una estrofa, de sinceridad juvenil, recitada por tí, al cabo de tantos años. La escribí la tercera tarde que acudió la joven al llamado de mi admiración, aún lejana. Te agrada, dices, porque es un matiz de sentimiento. Tu definición es exacta: cuando la hice no se había crista-

lizado en mí el amor-deseo. Era la heroína tan exquisitamente bella, ó tal vez más, que la hija, y yo, entonces, un verdadero poeta.

«Pasaste. Yo estaba callado: me viste, y entró hasta mi alma—la dócil, la triste cautiva que llora soñando en la luz— un largo destello de estrella de oro, cual suele en la noche fugaz meteoro rayar á lo lejos el pálido azul...»

Y pienso en lo exacto del título de unos versos tuyos *Aere perennius*. En verdad, sólo la palabra de arte, esencia del alma, mantiene eternamente jóvenes las imágenes y los sueños del pasado, más durables así que la materia, carne, ó mármol, ó bronce, pues hasta en la piedra y el metal el tiempo envejece. La hija también será transformada tristemente por los años, y esos versos perdurarán, con toda su sugestión de gracia y de juventud femeninas. Sin embargo, hace una semana, al repetirme tú esa estrofa, ya olvidada, creí, desdeñándola que no valía lo que en mi recuerdo el beso real, ardiente, lleno de vida, dado más tarde á su inspiradora, cuando era toda esplendor de mujer virgen... Y seguiría creyéndolo, sin ese encuentro, cruel como la ironía.

DARIO HERRERA.

MIS ULTIMAS TRADICIONES

Si en algo deseamos que se equivoque el Maestro Palma, es en el título de este libro.

Que no sean las últimas, no, las tradiciones que hoy nos regala! Aumente su tesoro, aumentelo á lo infinito; no paralice jamás la copiosa vena que derramando gracia ha fecundado los yermos de nuestra historia y hecho del Perú el más interesante, el más novelesco de todos los países americanos.

Lo que Alighieri á Italia, lo que Shakespeare á Inglaterra, lo que Cervantes á España, eso es Ricardo Palma para el Perú: una concentración enorme de vida, una montaña de conocimientos históricos que se confunden á veces, con el romance, pero que obran el prodigio completo de la resurrección del pasado. Las tradiciones peruanas de Palma, forman un mundo literario aparte, una especialidad genial, sin abolengo y probablemente sin descendencia. La donosura del lenguaje, el estilo ameno, que contribuyen tanto á su difusión por tierras hispánicas, es, sin embargo, la menor de sus excelencias. Lo admirable, lo que subyuga, lo que hace de las tradiciones,

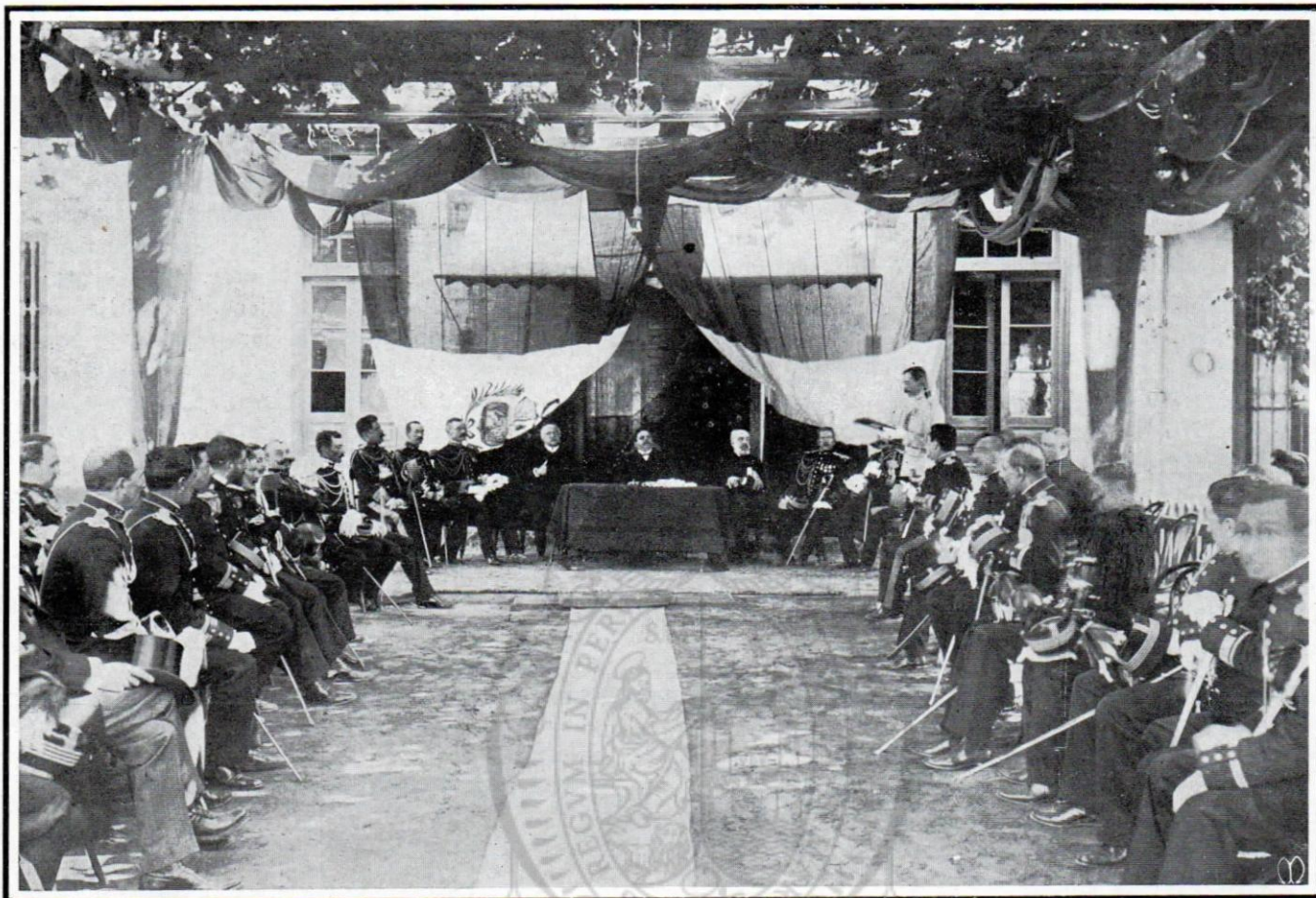
ejemplar único y acierto humano de primer orden, es el alma sutilísima del autor que parece haber vivido en intimidad con todos los personajes que nos da á conocer y manifiesta así un poder de asimilación tan extraordinario.

El Perú antiguo es Ricardo Palma. No existe aquí paradoja. Suprimid sus tradiciones de la Conquista, del Virreinato, de la República ¿qué nos queda?... Un hacinamiento de noticias contradictorias, un fárrago de simplezas, de querellas frailunas, de insípidas luchas de cabillos y audiencias; nada de sabroso comento, nada de poesía, de dramáticas narraciones, de todo aquello que gozamos ante el mundo por el solo ingenio de Palma.

Cuando un hombre llega, pues, á identificarse con su patria de esa manera, tiene derecho á universal respeto. Y al leer ese título de *Mis últimas tradiciones*, no podemos sin alarma dejar de repetir lo que decíamos al principio: «Que se equivoque el Maestro Palma!» Que no sean las últimas, y viva mil años para orgullo de esta Patria, que inmortalizó con la pluma!



FIESTA MILITAR



Escuela Superior de Guerra.—El Coronel Goubeau leyendo su memoria.

Foto. Lund



Oficiales que serán enviados á perfeccionar sus conocimientos en el ejército francés.

Foto. Moral

El 19 del actual tuvo lugar la solemne ceremonia de la distribución de premios en la Escuela Superior de Guerra que funciona en Bellavista.

Concurieron á esa ceremonia el Sr. Ministro de la Guerra, General Muñiz, y altos funcionarios del ramo ante los cuales el Director de la Escuela, Coronel Goubeau, dió lectura á una conceptuosa memoria cuyas últimas palabras fueron apagadas por unánime aplauso.

El señor General Muñiz felicitó al Sr. Goubeau por el éxito alcanzado y se congratuló de la magnificencia del resultado de las labores escolares.

Terminada la ceremonia los concurrentes visitaron el local de la Escuela y presenciaron algunos asaltos de esgrima que practicaron los alumnos bajo la dirección del profesor Sr. Fabbí.

Obtuvieron los primeros premios los Sargentos Mayores Oscar R. Benavidez, Manuel M. Ponce y Edgardo Arenas y el Capitán Isaac Zapater, oficiales que serán enviados á perfeccionar sus conocimientos en el ejército francés.

Lima al vuelo

LA estación de los grandes calores se inicia con una fiesta literaria. ¡Qué no va! Una manifestación al Dr. Polar qué podría ser sino literaria? Si el General Muñiz fuera el agasajado, ya aguerridos batallones hubieran desfilado delante de él en alguna pachamanca militar organizada en Amancaes ó en Canto Grande. Pero desde que un literato es el festejado hay que escuchar versos y discursos. Lo primero ha faltado. Porqué? Qué se han hecho nuestros poetas? Grato hubiera sido oír allí la voz baritonal de Chocano cantando con el grandilocuente acento de la Epopeya del Morro la labor prolija del ministro saliente. Ya me figuro yo la inspiración chocanesca corriendo como uno de esos ríos épicos que arrastraban en sus ondas escudos, muertos y lorigas revueltas con lodo y piedras. Sólo ha habido discursos. Y discursos cultos, sagaces y discretos sin las altisonancias retóricas que van cayendo en desuso. De entre estos mucho y bueno quisiera decir del de mi simpático director don Carlos Amézaga, pero me lo veda la amistad que le profesó.

Los discursos de hoy son como las comedias de Henry Bataille ó de Jacinto Benavente. Todo pasa á la sordina, con amabilidad, con estilo clarificado como los guantes de Brummel que parecían de muselina mojada. El doctor Valcárcel es entre nosotros el prototipo de es-

ta clase de elocuencia moderna. Habla como los antiguos griegos, sin inmutarse, con una voz que saliera de los labios de mármol de una estatua. Su palabra tiene la armonia del agua vertida por un surtidor. Y ha hecho escuela á lo que parece. No hay mozalvete de la Universidad Mayor de San Marcos que no acuda á la Cámara á empaparse, para el porvenir, de la manera sagaz, serena é insinuante del caudillo cívico. Las sesiones parlamentarias de mañana no adolecerán, si las cosas siguen *la sorte* de esas destempladas y descomedidas escenas de ahora. Entre el gobierno y la oposición se cambiarán floridos y amables conceptos y un soplo de academia pasará por la vetusta sala de los pasos perdidos.

Agitando matracas y pífanos se acerca la Navidad. Otra vez la mano de siempre revestirá los cerros de cartón de figurillas de movimiento y de trigos recién nacidos. El viejo Noel colgará de las ramas de los árboles juguetes y chucherías, y en los zapatos de los niños, abandonados en el balcón durante la noche, un geniecillo invisible, caballero en un rayo de luna, dejará el regalo de Pascua.

DON SILVERIO.

Sonetos del poeta francés José María de Heredia

ANTONIO Y CLEOPATRA

Los dos, desde lo alto de la terraza, un día
vieron dormirse á Egipto en cálidos vapores;
rodar vieron al Nilo su gran onda sombría
de Saís y de Bubasto buscando los alcores.

Antonio, bajo el hierro que todo le cubría,
del cuerpo de Cleopatra presiente los ardores.
Se abrazan. A sus cuellos enlázase la Harpía
que enciende y siempre atiza los hórridos amores.

La reina su mirada en el romano clava,
diciéndole al oído: «Te adoro! Soy tu esclava!
Tu patria son los besos que mi pasión te diera!»

El la ve. Y en el fondo de luz de su pupila,
que como la de un tigre voluptuoso oscila,
descubre un mar inmenso donde huye su galera.

EL CORREDOR

Tal cual Delfos vió á Ladas, á quien Thymós seguía,
del pueblo saludado por el inmenso acento,
así, sobre el relieve de mármol, todavía
él corre en el estadio, ligero como el viento.

Parece que su torso tiene ánsias de agonía
y que su rostro baña sudor calenturiento;
parece que su mano, nerviosa en la porfía,
se tiende hácia delante con vivo movimiento.

Presa del entusiasmo del triunfador, inflama
la sangre de sus venas de súbito la llama
que con su fuego exalta á la natura toda.

Sálese del relieve, que ya no le sujeta,
y al tacto de su mano, de la vencida meta
hasta el Olimpo surge de Píndaro la oda.

AL FUNDADOR DE UNA CIUDAD

Aunque al Azteca, al Hiaquí y al Inca subyugaron,
del Ande y de las Pampas en medio á los rigores,
otros, como vestigio de su valor, dejaron
apenas de algún título los fútiles honores.

Tu,—rama de ese árbol del que juntas brotaron
la conquista y la gloria, cual dos sangrientas flores,—
más feliz que ellos fuiste: tus brazos levantaron
una ciudad que bañan del sol los resplandores.

Sentada en una isla que es hija del Oceano,
allí está Cartajena. La hirieron siempre en vano
la guerra destructora, la tempestad ingrata.

Por eso ahora tu vástago, que al viejo ideal responde,
timbra su escudo de armas con un palmar que esconde
bajo el penacho de oro una ciudad de plata.

J. A. DE IZCUE.

NOTAS DE AÑOS Y LETRAS



OR diversas circunstancias que no es del caso especificar, se me ha vuelto agresivo el ánimo en estas últimas quincenas en que he tenido la bondad de dejar en paz á los lectores de esta revista, eclipsándome de esta sección destinada á comentar las obras del prójimo, artísticas y literarias y muchas que nada tienen de unas y otras. Observando esta agresividad de mi espíritu no he querido decir ni palabra sobre el cuadro del Sr. Barreda tan atrevido de color y de factura, ni del hermoso semidesnudo de Hernández, ni de un bellissimo estudio crítico de García Calderón y Rey sobre un libro de Fogazzaro, ni de un juicioso y bien escrito artículo del Sr. La Jara y Ureta sobre la labor de nuestra juventud literaria y su falta de ideales; en fin que no he querido decir nada sobre trabajos que merecían mi aplauso más entusiasta porque estaba seguro de que habría escrito lo contrario de lo que sentía. A lo que me tiraba la pluma era á decir pestes del mausoleo á San Martín instalado en la antigua ubicación de Don Cristóbal; á comentar malamente la deserción del señor Arroyo del jurado que debía resolver el concurso del monumento al Protector, y á censurar acremente la falta de seriedad con que se ha procedido en este asunto. Me desconozco, pues, aunque me esté mal el decirlo, me tengo en concepto de individuo de muy buena pasta, severo á veces con los malos escritores pero á la vez con tanta mesura en los términos y tan buena intención en el fondo, que aun los mismos á quienes he dicho mis acerbos pensamientos me han perdonado mis socarronerías bonachonas en atención á lo bien intencionadas. Pero hoy siento recrudescidas por el ayuno las ganas de devorarme á algún mal grafómano, sacerdotal ó laico (prefiriendo lo primero por ser más sustancioso), y creo que la emprendería contra mi propia humilde producción si no fuera porque Dios, en su infinita bondad, pone al alcance de mi hambrienta pluma no solo laicos de malos versos y de malas acciones, sino sacerdotes, es decir, servidores suyos, en sazón para los afrentosos mordiscos de mi irritabilidad crítica morbosa. Si señor, este estado psicológico de subitánea agresividad no puede responder sino á condición morbosa que pienso atacar por el bromuro, á fin de volver á ser la persona respetuosa y bonachona, el inofensivo y bendito de Dios que siempre he sido, bienquisto por todos. Ya un señor de acrisolada virtud y de ejemplar religiosidad, aunque metílico, que me favorece con sus consejos, había observado que, cuando estoy en este maligno estado, me inclino á atacar á las personas eclesiásticas y las cosas sagradas, indicio indudablemente revelador de una posesión demoníaca é impía, que por lo mismo de no ser constitucional y permanentemente sino momentánea, accidental, confirma las excelencias de mi buen

sentido y de mi natural benévolo y piadoso. Pero—me digo yo, probablemente cediendo á la malignidad que hoy me impulsa—¿cómo dejar pasar sin comentario, aunque éste sea fiambre, la campanada del Ilustrísimo Arzobispo de esta arquidiócesis con motivo de los funerales del no menos ilustre por cierto doctor Chacaltana? No me meto á averiguar si se trataba de una cuestión de ritual y solo veo que esta, si la había, fué muy mal escogitada por el señor Arzobispo, para oponerse á una inofensiva ceremonia que el ritual permitió en otras ocasiones, tratándose de individuos de menores méritos y de menor significación que el doctor Chacaltana. Y esta genialidad de Monseñor Tovar olía más á represalias de periodista que á piedad de sacerdote. Nadie ignora que Monseñor Tovar sostuvo en el diario *La Sociedad* con el ilustre director del *Nacional* una polémica, en la que más ó menos encubiertamente defendió—como la han defendido mil veces los sacerdotes católicos—la legitimidad del asesinato de los impíos: esto á raíz del asesinato de un eminente hombre público, asesinato que conmovió la sociedad peruana. Y la verdad es que Monseñor sostuvo con brío y talento su tesis; estuvo en su derecho, ya que nuestra Santa Madre Iglesia justifica y aplaude la matanza de herejes y el asesinato de príncipes impíos de la calaña de ese truhan de Enrique IV. Quien había de creer que Monseñor Tovar, so pretexto de ritual, había de ensañarse contra su antiguo contendor de doctrinas. ¡Pobre don Cesáreo! Fué una de las almas más nobles y afables que he conocido y seguramente que con la nobleza de corazón que distinguía al sabio maestro, si le hubiera tocado sobrevivir al Arzobispo, no uno sino mil elogios fúnebres habrían pronunciado sus labios de hombre sin rencores ni odiosidades, en honor del caritativo Monseñor Tovar....

No discuto el derecho del Arzobispo de negarle, no digo oración fúnebre, hasta sepultura católica y pasaporte para el cielo á los liberales é impíos (¡á Dios gracias no me cuento entre ellos!). Y si mucho se me apura diré que creo que el Arzobispo estuvo en su derecho de apoyarse en el ritual para impedir que un sacerdote elogiara al honrado liberal; pero sí me permito creer que sería muy difícil para una alma noblemente inspirada en las doctrinas de Jesús, conciliar, fuera de la casuística, el rencor á los muertos con la caridad evangélica. El señor Arzobispo que tan severo se mostró para ordenar que ningún sacerdote católico de su arquidiócesis pronunciara elogio fúnebre en los funerales del doctor Chacaltana, hizo no obstante la vista gorda con el mostrenco del sacristán de una iglesia que inventó hace pocos días la indigna y ridícula superchería del Cristo que suda. Heido á ver sudar á la imagen y he sudado de

admiración al ver como acudían las damas sugestionadas por ese bellaco. Y la mejor prueba de que no hubo tal milagro fué que el Arzobispo no acudió á presenciá-lo, y si no ha ido es porque no creía en él, y si no creía en él ¿como se explica que con su silencio autorizara durante más de una semana esa burlesca irreverencia de un chupacirios? Oh, buen Jesús, no creo que el muñecón de madera barnizada, que dicen es tu imagen, sude! pero quien si creo que suda hiel es tu propia persona, tu propio espíritu tan mal comprendido y tan mal interpretado. Eres tú quien suda porque tus Cirineos en vez de ayudarte á cargar la cruz se han sentado sobre ella. Y con ese peso ¡que diablos! quien no suda! Qué divinidad celestial no sudaría la gota gorda con las intemperancias de un Arzobispo que en nombre del ritual, desmiente tus principios de caridad y perdón! Qué Cristo no sudaría viendo que un sacerdote diputado, chascarrillero de afición, pronunciaba en el Parlamento un discurso en contra del más noble y simpático instituto de caridad de Lima, la *Cuna maternal*, oponiéndose á que fuera oficialmente protegido so pretexto de que ese instituto era local y no estaba situado en la provincia que el dicho sacerdote representa! Cuan hermosa debe parecerse la caridad de estos curas provincianos! Suda, oh Jesús, suda á goterones, á chorros, á torrentes!.....



Un sacerdote dominico, Fr. Paulino Alvarez ha publicado con el título de *Conferencias* unos sermones un tanto insolentes y disociadores que predicó *estudiando* las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El librejo es dedicado á nuestra Santa paisana, Rosa de Lima, á la cual llama Fr. Paulino *florón del Perú*. Padre Alvarez, qué es esto! No cree usted que esa palabrota es un poco tosca? Florón la espiritual vírgen, la candorosa y mística limeña! Que llamara usted *florón* á Tomás de Aquino, *florón* á Ignacio de Loyola, no tendría nada de particular porque al fin y cabo fueron hombres, pero á Isabel Florez ha debido usted tratarla con más comedimiento, llamarla florecilla perfumada, violeta del cielo, jazmín de las Indias, rosa divina ó cualquier frase así que significara delicadeza y respetuosa consideración con el sexo femenino. O cree usted que por que fué santa no fué mujer. Llame usted florón ó floripondio si gusta á su bizarro paisano Santo Domingo de Guzmán, el denodado cascador de albigenses, pero no le consiento á usted que llame *florón* á mi santa paisana.

Como no quiero exacerbar mi estado morbozo me limitaré á apuntar algunas de las cosas que nos ha predicado el reverendo padre, que indudablemente es hombre de talento, pero un tanto falto de tacto, un tanto exagerado y un tanto descomedido. Debe pensar este buen señor que él es español y que el público que escuchó sus sermones es peruano y que es de muy mal gusto decir y escribir ciertas cosas y en el tono en que él lo hace; por ejemplo, hay en su librejo de conferencias un apéndice de crítica al Diccionario de Legislación Peruana, que si es ruin como crítica es peor aun por el espíritu de malevolencia y por ciertas frases injuriosas á la memoria de un peruano ilustre. Por insolencias, por el estilo, reverendo padre, fueron expulsados los jesuitas de Lima (á los que hoy se consiente por.... benevolencia, á pesar

de que subsiste el decreto de expulsión); con insolencias por el estilo, reverendo padre Alvarez usted y todos los reverendos que hay en Lima, ponen en peligro las conquistas y privilegios que han alcanzado entre nosotros las comunidades, y lo que es peor el prestigio de esa religión que ustedes enseñan. De poco tiempo á esta parte tienen ustedes la tendencia á provocar conflictos y la verdad es que ello no es prudente... para ustedes.

La instrucción primaria no es obligatoria sostiene el padre Alvarez. He aquí su curiosa é interesante teoria: «Derecho y deber del Estado es facilitar la instrucción primaria, base de los pueblos cultos; pero evitando en primer término hacer obligatoria la asistencia á las escuelas municipales»... «Los padres y no el Estado han recibido de Dios la autoridad y el encargo de procurar la perfección de los infantes; pues á los padres y no al Estado dijo Dios:—Te doy un niño para que lo críes para mí.—Derecho santo de esos padres si son pobres es retener en su casa los niños mayores para que guarden la cuna y el sueño de los menores, mientras el padre sale á ganar el pan de todos y la madre se ocupa de las faenas domésticas».

La soberanía nacional no reside en el pueblo, dice el padre Alvarez y añade lo siguiente: «Si la nación consignara como ley fundamental que la soberanía nace en el pueblo, sube del pueblo al Estado y vuelve del Estado al pueblo, cuando al pueblo se le antoja, la Iglesia protestaría como defensora de Dios despojado en ese caso de un atributo que por naturaleza solo á el corresponde, pues de el proviene toda potestad así política como religiosa. La pretensión de que la soberanía dimana del pueblo es, cristianamente hablando, una herejía; moralmente hablando, una usurpación sacrílega; filosóficamente hablando, un absurdo; políticamente hablando, un suicidio nacional» (?)

Allá vá un saetazo á la Universidad. «No queremos el *trust* universitario porque la sabiduria es patrimonio de todas las inteligencias y porque no podemos consentir que nuestros hijos se vean precisados á oír en las Universidades (¡que diran los Catedráticos de la Facultad de Teología!) doctrinas contrarias á la verdad y á la religión».

Allá vá otro disparo contra el *feminismo*: «La hace El (Dios á la mujer) no de un hueso de los pies porque hombre alguno ose pisar á la mujer; no de un hueso de la cabeza, porque nadie jamás proclame lo que hoy llaman *feminismo*». Ya sabeis, damas, cuales fueron las razones que tuvo Dios para no hacer á la mujer de un hueso de la cabeza del hombre. Nada de *feminismos*, nada de *Centro Social*, vuestro papel está trazado por la clase de hueso de que fuisteis formadas: de hueso de costilla. Por eso el padre Alvarez os tira ese costillazo.

Dice el padre Alvarez para justificar el derecho de poseer bienes temporales que la Iglesia, «aunque sociedad espiritual, está formada de hombres que padecen las necesidades de todo hombre y porque Cristo le encomendó de solemne manera el cuidado de los llamados *misera- bles*, que son los pobres niños huérfanos, las pobres viudas y los pobres enfermos». El doctor García Calderón abundando en estas doctrinas de caridad tan nobles y tan sanas sostiene en el Diccionario de Legislación Peruana la conveniencia de que los religiosos cumplan *eso*

que Cristo «encomendó de solemne manera» esto es «que cuiden enfermos (oh los pobres enfermos!) que enseñen á los niños (oh los pobres niños huérfanos!) y que socorran con sus bienes á los necesitados (¿las pobres viudas eh?)». Pues señor á esta doctrina perfectamente evangélica responde el padre Alvarez con una destemplanza y una irritación verdaderamente heréticas, pues herejía gorda es la del padre Alvarez al decir que ni San Juan Bautista, ni San José ni la misma madre de Dios ejercieron la caridad en la forma de cuidados y consuelos á los enfermos y á los desgraciados, con su persona ó sus bienes, ni en la forma de enseñanzas saludables. Podría jurar el padre Alvarez que la Virgen no fué caritativa, ni lo fué San Juan Bautista? Esta herejía le ha resultado al reverendo por querer combatir con chuscadas el Diccionario de Legislación, y para que se vea que no calumnio copio textualmente: «Bajen de los altares todos los santos que no cuidaron enfermos, ni asistieron á moribundos, ni con bienes temporales socorrieron á necesitados. (¡Que bajen!) Por error los canonizó la Iglesia. Sea el primero San Juan Bautista, y después San José, y con ellos la misma Madre de Dios.... Baje asimismo de su solio el Vicario de Jesucristo que neciamente propone á tales hombres como modelos de caridad que no han ejercido». Claro está que todo esto es una ironía de pésimo gusto y que el padre Alvarez ni en sueños piensa en bajar á los santos de donde están, ni al Papa de su solio, pero lo que si no es ironía es que cree que ni la Virgen, ni San José ni San Juan fueron cari-

tativos. Como siento, reverendo padre, que no hubiera usted nacido en tiempos del «venerable Torquemada». Por menos—diré parodiándole á usted, cuando declama contra la libertad de cultos—por menores culpas imponía la Inquisición, de santa memoria, la pena de achicharramiento.

He aquí unos párrafos deliciosos: «Los Jefes de Estado subsisten debido á los ejemplos y predicación del clero. (¡Sépalos el señor Pardo!) Pobres gobernantes el día que la Iglesia callara. Caerá (creo que lo que ha caído aquí es la gramática) entonces el sol y consigo arrastrará los astros, y los tronos y los sillones presidenciales serán menos que astillas».... «Que ancho campo tienen los gobernantes, sin entrometerse en terreno ajeno, en materias religiosas, en los fueros de la Iglesia! Con estos estarán todos los cristianos, todos los honrados y no habrá entonces más partidos que el de los patriotas y el de los canallas.... Y con ellos estará Dios (con los gobernantes no con los canallas), Rey de los Reyes, que tomará á su cuenta la defensa del Estado, mandará á sus ángeles que con trompetas pregonen por toda la tierra la gloria de los gobernantes (pero nos estará tomando el pelo su reverencia!) y grabará en eternas láminas de oro con caracteres de diamante los nombres de los sucesores de San Luis y San Fernando, de Washington y.... (agarrarse, señores gobernantes!) Garcia Moreno!!!

CLEMENTE PALMA.

Doctor Don Rufino Garcia

VOCAL INTERINO DE LA ILUSTRISIMA CORTE
SUPERIOR

El señor doctor Rufino Garcia hizo sus estudios profesionales en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima. Discípulo de Pradier Foderé en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas, después de graduarse de doctor en ella, fué nombrado Catedrático adjunto y, años más tarde, Secretario de la misma.

Vacante la Judicatura de revisiones, por fallecimiento del doctor Selaya que la desempeñaba, fué nombrado para llenarla el doctor Garcia que se distinguió en el ejercicio de las funciones inherentes á aquel cargo como se había distinguido antes en el cumplimiento de otras comisiones relacionadas con el ejercicio de su profesión.

Estos honrosos antecedentes hacen que el nombramiento del doctor Garcia para reemplazar interinamente al doctor Washburn haya merecido el más unánime aplauso de los conocedores de los méritos del magistrado cuyo retrato ofrecemos á nuestros abonados.



Dr. RUFINO GARCIA

Doctor Solón Polo

NUEVO MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES



Dr. SOLON POLO

Foto. Moral

La personalidad del Dr. Solón Polo, es ya ventajosamente conocida en nuestro mundo de la diplomacia.

Ya en otra ocasión ejerció interinamente el alto cargo que hoy el Gobierno confía en propiedad á su reconocida competencia.

Cuando se llega como el Dr. Polo á los más altos puestos de la República sin más escabel que el de la contratación y el mérito: se tiene el derecho de confiar en el éxito de una labor que se encomienda á una inteligencia tan bien preparada y una voluntad tan bien intencionada.

El Dr. Polo, desempeñó durante muchos años la oficialía mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, y su larga práctica en asuntos internacionales, así como su clara inteligencia, hacen esperar mucho del joven y nuevo ministro, á quien enviamos nuestras felicitaciones.

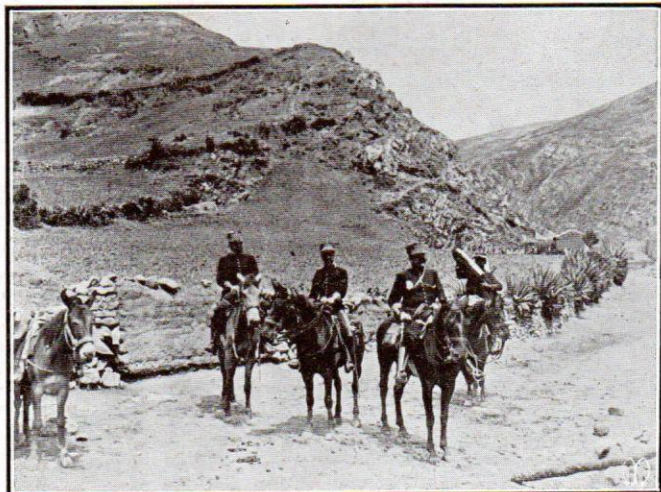


Universidad Nacional Mayor de San Marcos

EL DR. POLAR Y LOS ORGANIZADORES DE LA FIESTA EN EL INSTITUTO HISTORICO

Foto. Moral

LAS MANIOBRAS DE 1906



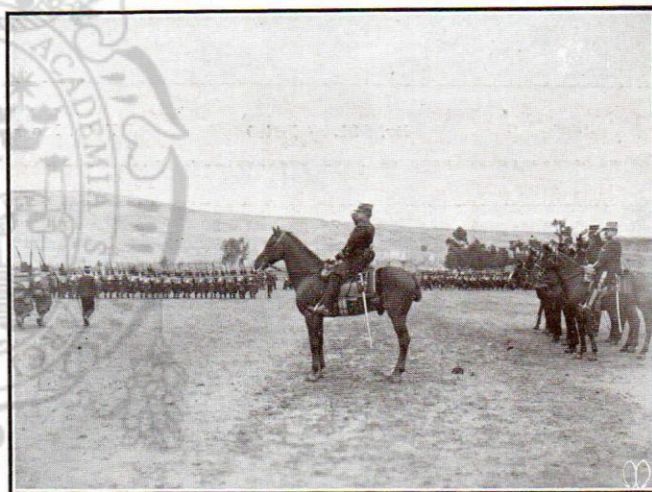
La Comisión del Estado Mayor en viaje á Jauja



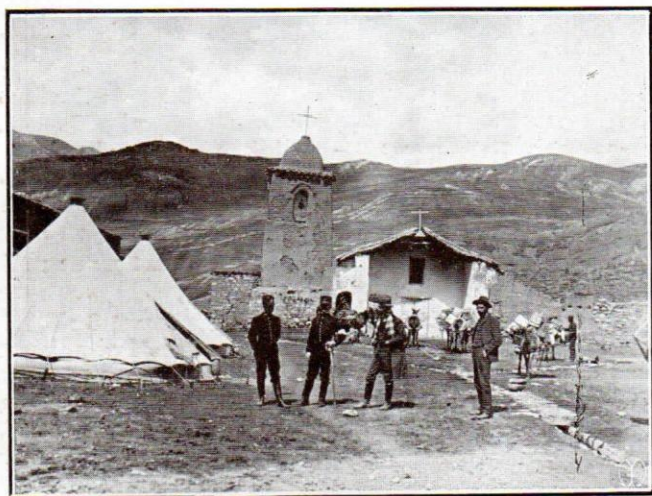
Secretaría del Estado Mayor



Oficiales en viaje á Jauja



Desfile de las tropas en el campo de Jauja



Estación Pachacayo, 2ª etapa en el camino á Jauja



Ejercicios de tiro eliminatório

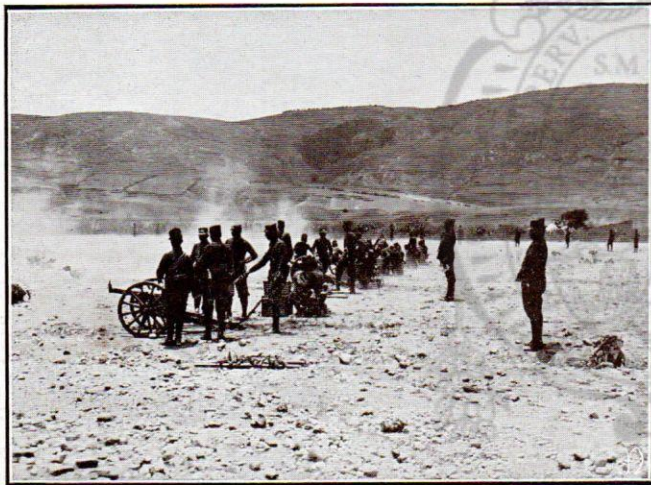
LAS MANIOBRAS DE 1906



La Artillería haciendo ejercicios de fuego



Descanso



Tiro progresivo de la Artillería



Supernumerarios recibiendo la propina



Pabellones antes de la misa de campaña



Gastando la propina

NOTAS SOCIALES

El genial autor de «Los niños», el poeta de árabe apariencia, cuya vigorosa palabra se escuchó siempre con religioso arrobamiento, cuyas valerosas estrofas dejaban honda huella en el espíritu, acaba de sucumbir víctima de aguda dolencia.

La noticia de la muerte de Amézaga ha circulado con inconcebible rapidez llenando de infinita amargura el alma de sus amigos y admiradores.

Es que Amézaga pertenecía al reducido grupo de esos hombres que contemplamos con la insistencia de la visión á lo que lleva en su grandeza y en su vigor impreso el sello de lo inmortal.

Fuerte y bravo el poeta ha caído en la lucha como caen los bravos y los fuertes. La traidora enfermedad que hizo presa de su organismo no fué bastante á aniquilar sus energías, que solo se extinguieron cuando detuvo su funcionamiento el organismo todo y la muerte veló para siempre sus ojos, en los que brillaba una mirada vivaz y franca, reflejo de su alma puesta de relieve no hace mucho, al rendir homenaje á un compañero ante un auditorio ansioso de escuchar el verbo del más valeroso de nuestros modernos trovadores.

La muerte de Amézaga deja un claro en las filas de la intelectualidad peruana. La rarísima é innegable originalidad suya hará que ese vacío perdure mucho, tanto como hubiéramos deseado perdurase una existencia preciosa para las letras patrias.

PRISMA, que se honró con la dirección de Amézaga; que fué el objeto de sus últimos cuidados de sus últimos afectos de periodista viejo, deposita ante la tumba prematuramente abierta el testimonio de su más profundo sentimiento.

El 10 del presente se celebraron en el templo de Santo Domingo solemnes honras fúnebres en memoria de la señora Aurelia Hernández viuda de Gamarra.

La extinta era hermana de nuestro recordado Director-fundador, D. Julio S. Hernández. Contrajo matrimonio con el doctor don Mariano Lino Gamarra, entonces Representante á Congreso, quien obtuvo poco después el cargo de Juez de primera instancia del Cuzco, lugar en el que ha dejado vivo recuerdo como magistrado íntegro y probo.

Al fallecimiento de su esposo volvió la señora Gamarra á esta capital, al seno de su familia, donde la sorprendió la muerte en la mañana del nueve de noviembre último, rodeada del cariño y respeto á que se hizo acreedora por la bondad de su carácter.

Paz en su tumba.

El día 8 tuvo lugar la ceremonia de reinstalación de la Academia Peruana de Legislación y Jurisprudencia, cuyas labores se hallaban paralizadas por fallecimiento de gran número de sus miembros. En la ceremonia á la cual aludimos pronunció un brillante discurso el señor doctor Alberto Elmore.

Durante la quincena han rendido tributo á la muerte tres señoras igualmente respetables, igualmente queridas en la sociedad limeña y cuya desaparición ha sido

unánimemente deplorada: las señoras Joaquina de La Puente y Arias de Saavedra, Catalina del Valle de Cisneros y Dolores Grau viuda de Gomez.

Profunda impresión ha causado en nuestra sociedad la temprana é inesperada muerte de la señora Isabel Remy de Cámpora, matrona respetable, madre estremosa y esposa modelo.

A las familias Cámpora, Remy y Portuondo, enviamos nuestro sentido pésame

Conmemorando el 57º aniversario de su fundación celebró el «Orfeón francés» en la noche del 1º de los corrientes, una brillante fiesta á la que concurrió en su casi totalidad la simpática colectividad francesa residente en Lima.

El profesor español, señor Luis Vásquez, ha iniciado en los elegantes salones del «Club Nacional» una serie de brillantes lecciones de billar.

Ha causado justa admiración la maestría del señor Vásquez y la precisión admirable con que lleva á cabo múltiples y elegantes combinaciones en el aristocrático ejercicio.

El domingo último se efectuó la corrida de toros á beneficio de la Bomba «Salvadora Lima». Creemos que el éxito alcanzado corresponde al esfuerzo de la Compañía.

Han contraído matrimonio en esta capital el estimable caballero señor Ricardo Tenaud, con la bellísima señorita Amelia Devéscovi.



Sr. Luis Vásquez



Sra. Aurelia H. de Gamarra



Foto Moral

Sr. Ricardo Tenaud



Srta. Amelia Devéscovi

“PRISMA” A SUS ABONADOS

Excusarán nuestros abonados el retraso de este número, que debió aparecer en la mañana del día 17, porque en momentos de ponerlo en circulación, aconteció el fallecimiento del director de esta revista, señor Carlos G. Amézaga, y queriendo honrar su memoria, hemos retardado hasta hoy 20 la salida de PRISMA á fin de dar cuenta de ese desgraciado acontecimiento y de la triste ceremonia de su sepelio.

FOTOGRAFIA DE M. MORAL

El que suscribe avisa á sus clientes que muy pronto comenzará á ejecutar en su establecimiento las diversas é importantes novedades adquiridas en su reciente viaje á Europa y Estados Unidos.

La sección de fotografía, la de fotograbados, lo mismo que la revista ilustrada "PRISMA", van á ser ampliamente mejoradas con la adquisición de las más perfectas máquinas y materiales existentes en el día, capaces de producir los más artísticos trabajos, correspondiendo de esta manera la decidida preferencia con que la distinguida sociedad de esta capital ha favorecido siempre á la casa.

Lima, diciembre 15 de 1906.

M. MORAL

TAPAS ESPECIALES PARA "PRISMA"

Esta Administración ha mandado confeccionar unas riquísimas TAPAS ESPECIALES grabadas artísticamente, en oro y á varias tintas, de cuero y tela que, á pesar de su lujo y esmerado trabajo, su valor incluso la encuadernación es de CUATRO SOLES.

Los señores Suscriptores que deseen encuadernar la colección pueden remitirla á esta Administración.

DE PROVINCIAS deberán acompañar al precio indicado \$ 1.60 más para gastos de devolución de cada ejemplar, siendo de su cuenta la remesa á esta.